REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Tomo XLVII | San José, Costa Rica | 1952 | Miércoles 15 de Octubre | Nº 22

Año 33 — No. 1143

Un hombre

Por *Arturo USLAR PIETRI*

(En *El Nacional* de Caracas. Abril 5 de 1952).

El quinto centenario de Leonardo de Vinci atrae de nuevo la atención del mundo sobre esta figura inagotable, que, acaso como ninguna otra, encarna en plenitud los rasgos de la época del Renacimiento. Es un contemporáneo de Colón y de Vasco de Gama, era de la misma edad y de la misma Florencia de Américo Vespucci de quien hizo un retrato. Convivió con los más sutiles Médicis y los más arrogantes Sforzas, fué jefe de ingenieros militares de César Borgia y pintor de Luis XII de Francia y de Francisco I. Convivió con los artistas del alto Renacimiento desde Donatello, Uccello, el Verrochio que fué su maestro y Mantegna, hasta Giorgione, Miguel Angel, Rafael y Tiziano.

Era fundamentalmente un florentino pero todo el gran tapiz de caza luminosa de las ciudades italianas y de los castillos del rey de Francia le fueron familiares.

Emprendió las más variadas cosas, una curiosidad insaciable y un deseo de perfección sobrehumano lo hacían lento y discontinuo. Los clérigos y los señores que le encargaban obras terminaban por desesperarse. Recomenzando la cabeza de una madona se estaba años. En veces todo el trabajo se perdía porque se ponía a ensayar nuevos materiales para pintar y toda la obra terminaba por dañarse. Para pintar en una rodela, que su padre quería regalar a un campesino, una figura de terrible dragón, se encerró por meses con toda clase de alimañas y lagartijas en medio de una pestilencia irrespirable. Para pintar el retrato de la Gioconda se estuvo cuatro años, con la modelo sentada en una rica cámara rodeada de músicos, bufones y bailarines, para conservarle en el rostro aquella plácida expresión tan famosa. La razón nos la explica el Vasari con deliciosa gracia: "...por ser Mona Lisa muy bella y para quitar de su retrato aquella cierta melancolía que suele dar con frecuencia la pintura a los retratos".

En 1483 empezó a trabajar en el famoso caballo que debía servir para una estatua ecuestre de Francisco Sforza en Milán. Las dimensiones de la estatua iban a ser gigantescas. Leonardo hizo innumerables estudios, dibujos y maquetas. Su maestro Verrochio habría hecho el maravilloso grupo ecuestre del Colleone, pero la que él se proponía hacer iba a ser la más perfecta y extraordinaria de todas las estatuas ecuestres. Siete años después, al comenzar un libro sobre la luz y la sombra, pone esta nota manuscrita: "el día 23 de abril de 1 comencé este libro y recomencé el caballo". En una nota al Duque, de 1497, vuelve a hablar del asunto: "del caballo no diré nada, porque conozco los tiempos". Cuando más tarde los soldados del rey de Francia entran en Milán tomarán por blanco de sus ballestas la enorme mole de barro fresco que había quedado en el taller del artista.



Leonardo de Vinci

Fueron dieciséis años dedicados a aquel caballo que no quedó para los hombres. No todo ese tiempo estuvo lleno de la labor material continua de construir aquella imagen. Otras cosas le atraían y le apartaban de esa sola empresa. Durante ese tiempo también pintaba, resolvía arduos problemas de geometría, hacía planos para fortificaciones y canales, estudiaba anatomía en los cadáveres de los hospitales, inventaba aparatos ingeniosos, preparaba fiestas y torneos para los señores, construía maravillosos juguetes, trabajaba como arquitecto para palacios e iglesias, escribía tratados sobre las más variadas materias, improvisaba versos, tañía la lira y escribía de derecha a izquierda, para ser leídas con un espejo, sus notas crípticas. Pero seguramente, durante todo ese largo tiempo volvía sin cesar sobre la perfección de aquella figura de caballo. Observaba las bestias en la calle, dibujaba, modelaba, borraba y deshacía para volver a hacer. Por el mismo Vasari sabemos que a veces se pasaba un día entero siguiendo por toda la ciudad una persona cuyo rostro le había parecido interesante, para poderlo estudiar a su gusto en numerosos apuntes.

Es esta búsqueda inacabable la que le da su rango supremo de artista. Nunca está satisfecho de lo que ha hallado. Le parece que podría encontrar y dar más. Lucha constantemente con los problemas técnicos. No se conforma con lo que ha recibido, ni con lo que ha visto. No se conforma con luces y sombras, sino que quiere expresar las luces que hay sobre las luces y las sombras que hay dentro de las sombras. En esa búsqueda crea una nueva perspectiva y todo un nuevo lenguaje representativo para la pintura occidental. A la hora de pintar siente la grandeza del pintor, como lo dice claramente en su *Tratado*: "El pintor es amo y señor de todas las cosas que puedan pasar por la imaginación del hombre".

Pero tampoco siente con menor grado de intensidad la imposición de las otras solicitaciones que pueblan su vida. No es con pasión menor como dibuja el proyecto del "grande uccello" que ha de venir volando desde los montes nevados a regar una lluvia de hielo sobre las ciudades abrasadas por la canícula. Esa misma atracción, tan fuerte y tan varia es la que le impide encerrarse en un oficio. Todo lo atrae y todo guarda para él un maravilloso don de vida más plena.

Para sus contemporáneos era un ser divino. Hermoso, fuerte, elegante, refinado en los usos y en el traje, sabio en todas las cosas, delicioso conversador, poeta fácil, hombre de acción y hombre de pensamiento, interesado por la política y por el arte, por la filosofía y por la hidráulica, creador de obras maestras asombrosas, llegó a parecerles un monstruo. Un ser que era como una suma de seres completos y distintos.

Pero él no lo sentía así. Todo era uno y continuo para él. Todas las artes se prolongaban y se completaban entre sí, poesía y pintura, arquitectura y danza. Y por otra parte las ciencias, las artes y la filosofía se integraban en un todo que era el entendimiento del mundo. Es decir, todo aquello no era sino el vivir con plenitud y el realizarse como hombre. Ponía, para decirlo con las palabras del Vasari: "una gracia más que infinita en cualquiera de sus acciones", "y además tanta y tal inteligencia, que dondequiera que volviese el ánimo, aun en las cosas más difíciles, con facilidad las tornaba fáciles".

En realidad no era otra cosa sino un hombre logrado. El pleno florecimiento de esa rara maravilla que es un hombre. Nada más y nada menos que un hombre. Lo que tiene de monstruo es precisamente que

era un hombre completo en medio de sucesivas generaciones de grandes y pequeños mutilados.

Si figura nos aparece así como el compendio y la culminación inimitables del arte de vivir. No renunció a nada. Abandonaba sin concluir muchas obras, pero no se negaba el derecho de emprenderlas. Nunca reconoció campo ajeno o vedado. Toda la tierra, toda la sabiduría, todo el arte era la heredad recibida para disfrute en virtud de su calidad humana.

No dejó cerrada ninguna puerta que pudiera ser abierta. No se resignó a quedarse con la pintura, con la filosofía, ni con la ciencia, ni con la vida mundana y política. Hubiera sido para él como quedarse con un solo sentido y renunciar a todos los otros. Como renunciar a su derecho de ser hombre.

Contemplarlo así, en su plenitud inquisidora y creadora, es una de las pocas maneras de vislumbrar la aleccionadora grandeza de ser hombre.

Caracas, abril de 1952.



QUÉ HORA ES ...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

La lección de Leonardo

(Es un editorial de *La Nación* de Buenos Aires, 15 abril de 1952).

Cúmplese hoy el quinto centenario del nacimiento de Leonardo, una de las figuras cumbres de la historia de la humanidad. El hijo natural del notario de Vinci, pueblo situado a poca distancia de Florencia, constituye una prueba inequívoca de que el genio no necesita para manifestarse la circunstancia de nacer en una cuna encumbrada. Lo que Leonardo creía —que la naturaleza es causa y origen— se dió cabalmente en él. Su naturaleza superior, desenvuelta en un ambiente de libertad y creación, le permitió, desde los albores de su vida, asimilar, comprender y descubrir el mundo que a cada instante tenía ante sus ojos. Impulsado por esa necesidad de aclaración, muy temprano se inclinó a la contemplación de las nubes, la tierra, el viento, los arroyos, las aves, las hormigas, los olivos y las viñas, que constituían la realidad y el paisaje de su medio originario. Ante ellos aprendió a colocarse no en actitud pasiva, de mero contemplador, sino con el anhelo de indagar el por qué de las cosas. Esa prematura tendencia de su ánimo también lo acercó a la música, al dibujo y al cálculo y lo impulsó al estudio del latín para poder tomar contacto con los libros antiguos.

Lejos de la concepción medieval que aún imperaba, pero que él, como otros grandes espíritus del luminoso *Quattrocento*, contribuyó a superar, entendía que la verdad no estaba simplemente en las páginas de los libros, convertidos en autoridad acatada, sino en la entraña de las cosas y los seres del universo, porque para él la fuente de toda certidumbre era la experiencia.

Su ansia de conocimiento y su afán de precisión se dilatan cada día, y hasta parecen sobrepasar lo posible. Su genio y su energía abaten extraordinarios obstáculos que se oponen al esclarecimiento de los fenómenos y las cosas. Descubre en cada individualidad humana la medida de su destino: "El que no puede lo que quiere, que quiera lo que puede". Su espíritu se ensancha en el continuo trato con la naturaleza y la vida y se alimenta por sus ojos que ven, por su inteligencia que escruta y, sobre todo, por su voluntad que vence. Este sentido de la vida, a la vez contemplativo y creador, mueve sin descanso su existencia. Desde su aldea natal pasa a Florencia, en los años en que esta ciudad toscana era como la capitanía del humanismo, en cuyo seno despertaba el Renacimiento con el signo de una nueva actitud del hombre frente a la realidad. Allí se encontró con una corte de pintores, orfebres, arquitectos y fundidores, y en la "bottega" del Verrocchio, que frecuentó siete años teniendo a este pintor por su guía espiritual, alternó con condiscípulos que llegaron también a ser artistas famosos de esa época. Poseído de un infatigable deseo de saber, trabajó en el dibujo, la pintura y la escultura, se relacionó con grandes maestros del arte italiano y estudió matemáticas, hidráulica, óptica y otras disciplinas. Su mente enciclopédica y su natural tendencia a la universalidad lo llevaron a saber todo lo que su tiempo sabía y a sobrepasar esa medida con descubrimientos, invenciones, hipótesis y concepciones que abrieron nuevos caminos al conocimiento teórico y aplicado. Circunstancias políticas lo obligaron a pasar de Florencia a Milán, y en esta segunda etapa de su existencia brotan de su pincel los grandes cuadros que le dieron celebridad y de su pluma sus famosos tratados de diferentes materias.

Su personalidad de artista y de sabio desborda en todos los campos y trasciende a otros países que visita o donde se radica. Su fe en el estudio directo de las cosas se afianza cada vez más en su espíritu. Genial precursor del método experimental que propulsaron después Bacon, Galileo y Newton, sobresale como estudioso sin par de la naturaleza viviente e inorgánica, de la configuración interna y externa del cuerpo del hombre, de los fenómenos meteorológicos y topográficos, y llega también a un elevado cultivo de las matemáticas y la astronomía, elaborando sutiles estudios sobre la óptica y la luz que guardan estrecha relación con la perspectiva y la pintura. Pero el genio de Leonardo es, ante todo, integración de experiencia y pensamiento; por eso siempre busca la relación, el equilibrio y la unidad. El artista y el sabio se completan con el técnico a través de innumerables trabajos de ingeniería e invenciones de máquinas y aparatos. Por sobre sus labores profundas de creación artística, indagación científica y construcción técnica, se yergue también el espíritu inclinado a la meditación, que expresó en múltiples pensamientos filosóficos, en su mayor parte aforismos acerca de Dios, el hombre, la relación del cuerpo y el alma, la naturaleza y la vida.

Esta portentosa figura del Renacimiento —pintor, escultor, dibujante, ingeniero, sabio y escritor— pensó siempre con "obstinado rigor", sin falsas apariencias, con espíritu libre y con un seguro sentimiento de la coordinación de los elementos integradores. En él, arte, ciencia y técnica constituyen una estupenda armonía. Poseía el don de moverse entre los hechos, los seres y las cosas, sin presiones extrañas ni criterios hechos. Nada lo desconcierta en la busca de la verdad y en la expresión de la belleza. Su curiosidad, sus miradas, sus potencias mentales desvanecen toda falsa ilusión en el campo de las ciencias y las artes. Paul Valéry ha dicho: "Leonardo, de busca en busca, se vuelve llanamente el escudero cada vez más admirable de su propia naturaleza". Encarnó el equilibrio entre el ver, el comprender y el crear; y en su verdadero sentido fué *l'uomo universale*, es decir, el ser en el que se refleja el todo y que se manifiesta con posibilidades infinitas: todo lo ve, lo comprende, lo modela y recrea.

Leonardo supera el pasado y prepara el futuro. Ha continuado hasta hoy la influencia de su obra, y muchas de las expresiones del hombre moderno y contemporáneo son herencias de su espíritu. No se lo puede considerar como una expresión exclusiva del Renacimiento italiano del siglo XV, ni tampoco como un frío testimonio de la historia de la cultura. La universalidad de su espíritu le otorga extensión y proyección ecuménicas. Por eso el homenaje que se le rinde hoy no está limitado a su pueblo natal ni a las fronteras de su patria. Leonardo es orgullo del género humano y a todos nos alcanza el deber de honrar su imperecedera memoria.

Por eso causa extrañeza el olvido a este respecto del previsor Calendario Escolar para 1952, en el que figuran nombres y acontecimientos de mucho menor significación, lo que también ocurrió en 1949 con el segundo centenario de Goethe y en 1950 con el tercer centenario de la muerte de Descartes. Sería sensible que en el día de hoy los alumnos de nuestras escuelas e institutos no recibiesen, en forma de homenaje, la lección de Leonardo. En una época de miseria moral como la presente es edificante la memoria de una figura como la suya, que constituye, para las jóvenes generaciones, un testimonio de alta humanidad y de nueva confianza en los poderes superiores del hombre.

Cuentos de Juan Pirulero

Maragato

Colaboración de *Ermilo ABREU GOMEZ*

Vivirán tus muertos. Mis cadáveres se levantarán. Isaías, XXVI, 19.

El pueblo de Maragato, con ser pequeño y de escasos habitantes, tenía fama de rico, de próspero y de tranquilo. Propios y extraños se hacían lenguas del oro que, a manos llenas, corría por ahí y del boato de sus fiestas y jaranas. El caserío estaba entre dos cerros de pequeña altura, con unos cipreses en la punta. Sus tierras tenían labrantíos y en sus prados pastoreaban animales. Los habitantes eran indios, mestizos y blancos, en proporción dispareja. Había negros, pero éstos eran tenidos tan en nada que los contaban junto con las bestias. Algunos estaban marcados en las ancas. No se veían mal. Abundaban los indios, entregados a prácticas idolátricas, según unos, y a prácticas sodomitas, según otros. Los mestizos ocupaban un punto intermedio en aquel amasijo. Los blancos eran más bien pocos y se las daban de aristócratas, hablaban de sus pergaminos y no se les caía del hocico eso de que su sangre era de un azul tirando a verde. Los que, por milagro de Dios, eran buenos y humildes, vegetaban en cuchitriles o bien emigraban a tierras lejanas para librarse de aquel ambiente. Los indios y los mestizos —dedicados al trabajo— eran, naturalmente, pobres. Iban descalzos y se cubrían con retazos. Los blancos, entregados a la ociosidad, eran ricos. Andaban en coche y vestían ternos de lujo. Para matar el tiempo cazaban o rezaban. Para ellos era lo mismo. Los indios vivían, desde antes, en el campo. Trabajaban de sol a sol y casi sólo por la comida (un puño de maíz y una brizna de sal) en tierras que no eran suyas. En cuanto sus hembras parían dejaban de pertenecerles porque los señores las tomaban como nodrizas de sus hijos blancos. Los mestizos, en las afueras del pueblo, hacían tareas de asalariados, en talleres de artefactos que pertenecían también a otras personas. Ni con mucho sudor salían de deudas. Los blancos, dueños del caserío, vivían, sin más cuidado, que el de acrecentar sus pitanzas.

Por lo que toca a la cultura, la cosa no andaba mal. Entre los pobres nadie sabía leer y ni falta que les hacía porque nada tenían que leer. Entre los ricos la cosa era distinta. Los varoncitos, muy prendiditos, asistían al único colegio que había en la localidad, dirigido por un dómine tenido por sabio porque en las reuniones hablaba con enclíticos y porque ningún ruido le perturbaba. ¡tan grande era su ensimismamiento! Aquellos niños estudiaban lenguas momias, prehistoria y metafísica. Salían de las aulas espetados doctores de toga y clámide y se ponían a discutir si Teócrito plagió el segundo verso de su primera elegía o si el gerundio existió en la época de Lucano o si caben o no caben tres ángeles en la punta de un alfiler o si la existencia ... no fué, de veras y sin trampa, anterior a la esencia. Los más diestros, cuando se hacían bigotudos, hasta llegaban a componer libros sobre sutilezas. Con ellos ganaban fama y prebendas. El Alcalde del lugar, que era un lince de siete suelas, concedía premios a los mejores libros siempre que éstos llenaran dos requisitos: primero que no se entendieran y segundo que no rozaran, ni por casualidad, nada terreno ni humano.

De política nadie hablaba ni menos entendía jota. Los de arriba porque de ella vivían y los de abajo porque de ella morían. Los miserables nunca pensaron que sus penas podían venir de aquellos personajes, casi míticos. Si no los tenían por santos era sólo porque los veían sin aureola; y si no los tenían por diablos era porque, al menos en público, no gastaban cuernos, a no ser que fueran casados. Lo más que pensaban acerca de ellos era que se eran unas pobres víctimas del destino que les había endilgado cargas tan negras como velar por la seguridad de la cárcel y la altura de la horca, donde solían morir, contritos, unos calzonudos, sin suerte ni padrinos.

Así hubiera vivido, por siglos de siglos, en dichoso sueño, el pueblo de Maragato, si no acontece lo que aconteció una vez, tal como se cuenta en seguidita, con sus pelos y señales y sin quitar punto ni coma.

Pues sucedió que una tarde, como otras muchas tardes, cuando daba la Oración, el cura don Bonifacio Gutiérrez y Urbaneta, párroco del lugar, pasó por la garita del Arco de Dragones, donde los arrieros que entraban y salían del pueblo cubrían sus gabelas. En el momento en que pasaba don Bonifacio, muy quitado de la pena y contando las cuentas del rosario, oculto en la bolsa de la sotana, oyó un ruidero y hasta algunos ayes que no eran de alegría. El buen hombre detuvo el paso para ver lo que era aquello; y vió que los encargados de cobrar las gabelas, daban una paliza, de padre y señor mío, a unos arrieros, sin atender a las protestas ni a las súplicas de éstos. Para eso eran verdugos, tenían manos y autoridad. Don Bonifacio se acercó más para inquirir la causa de semejante estropicio. Entre los gritos de los unos, las lamentaciones de los otros, las imprecaciones de todos y la algazara de los curiosos que, por momentos, se arrimaban a la fiesta, supo que los tales arrieros se resistían a pagar una nueva gabela. Los guardianes del Fisco alegaban, a su vez, que les asistía derecho para cobrarla porque la ley es la ley y más si está escrita y puesta en letras de molde, pegada, con escudo y todo, en la pared. Los arrieros aducían que nadie, antes, nada les había dicho y que eso de que la ley estuviera ahí, de poco valía pues como no sabían leer mal podían leerla. Los aduaneros argüían que aquella ignorancia no servía de excusa ni de pretexto para no cumplirla. Nuevamente los arrieros defendían lo suyo, alegando, además, que la dicha gabela era excesiva, a lo cual los aduaneros replicaban que nada tenían que ver con tal cosa, pues ellos sólo eran "oficiantes". Como los tipos no se ponían de acuerdo en el pique, los unos recurrieron a la resistencia y los otros a la fuerza —que cada cual echa mano de lo que tiene —y así, descomponiéndose, se habían trabado en verdadera batalla. Pero como en estas cosas no es la razón la que vence sino la brutalidad, al cabo de un rato, los agentes tenían decomisadas las mercancías objeto de la pendencia o sea unas garrafas de ron, y acogotados y maltrechos a los remisos. Estos yacían en el suelo de la garita, cubiertos de cardenales y acusados de contrabandistas, deslenguados y agresores, delitos bastantes para llevarlos a la horca si así se le antojaba al juez que conociera del proceso.

Aunque los unos se sentían vencedores y los otros derrotados, los curiosos, en vista del espectáculo, se reían de buena gana y azuzaban a todos para que nadie dejara burlado su derecho. Don Bonifacio, en su inocencia, pensó que debía intervenir en aquel negocio. Y como lo pensó lo hizo. Intervino por si podía reparar en algo el mal ocasionado. Por lo pronto dió consejos y buenas razones. Al principio los aduaneros se hicieron los sordos y los arrieros se mostraron desconfiados. Los primeros no abrían la boca sino para refunfuñar y los segundos sólo para quejarse. Pero en esto, porque un esbirro dió un traspié y cayó al piso y los arrieros, sin poderse contener, se mofaron del hecho, sobrevino otra discusión y con ella los ánimos se agriaron más y salieron a relucir las armas y los dientes. Entonces el que hacía de jefe de aduaneros, un tal Malafacha, se encaró con don Bonifacio y lo llamó entrometido y oficioso y le advirtió, poniéndole el hocico sobre la nariz, que en aquel asunto no tocaba pito ni cazo y que, por lo tanto, le aconsejaba que, sin más palabras, diera media vuelta y se retirara del lugar. Don Bonifacio le respondió que, como ciudadano de una república libre, como era aquélla en que vivía, sí le importaba lo sucedido. Y sin dar tiempo a la réplica del sujeto, añadió que protestaba por la arbitrariedad y el atropello de que habían sido víctimas aquellos hombres. Ante tamaña acusación el aduanero se descompuso y alegó que, si tenía queja, la presentara ante quien correspondía y no ante él; y que no le explicaba más porque no le daba la gana. Don Bonifacio replicó que él, aunque cura de pueblo, sabía leer y escribir, amén de otras cosas y que bien conocía el camino de su derecho para reclamar justicia para unos y castigo para otros. La cosa, en ese momento, se agravó porque acertaron a pasar por ahí unos carros llenos de mercancías, ante los cuales los aduaneros se hicieron los suecos y ni siquiera los vieron, como si estuvieran vacíos o fueran invisibles. Don Bonifacio ante tal irregularidad protestó de nuevo, pero el Malafacha le respondió que eso era cosa de su incumbencia y de nadie más; que él sabía lo que hacía y que, para hablar con franqueza, como él acostumbraba hacerlo, pues no tenía pelos en la lengua, la cosa era distinta porque alguna garantía habían de tener los partidarios del Alcalde y alguna pena sus enemigos. El cura le atajó advirtiéndole que el asunto así planteado era más sucio y más inmoral y que menos había de tolerarlo. El aduanero, por toda respuesta, le dió un moquete y ordenó a sus secuaces que aprehendieran al insolente.

El enredo que se armó fué tremendo. Todo fué confusión y revuelo, pitos y maldiciones, culatazos y golpes, silbidos y befas. A poco los arrieros y las garrafas y el cura fueron puestos entre filas y conducidos a la Alcaldía. El camino, aunque corto, se hizo largo por la continua resistencia de los presos. Los fuetazos que recibie-

ron las víctimas fueron bálsamo para sus inquietudes. Al fin llegaron a la Alcaldía.

*

El Alcalde era un tal Burguillos, tripudo, de mala jeta, de bigotes asiáticos, de pocas pulgas y de largas uñas. El tal andaba en componendas con el Secretario del Cabildo y el mentado Malafacha. Entre los tres, a la chita callando, tenían un negocio de alcohol. Habían instalado en cierta casa un alambique y en otro lugar un expendio. De este alambique salían chorros de ron, al cual, para aumentar la ganancia, añadían, sepa el diablo, qué especie de porquería. Acaso meados. El tal ron lo vendían, cosa legítima, a buen precio, entre el vecindario. Lo vendían como importado de la mismita Jamaica. Pero como los socios se dieron cuenta de que, de un tiempo a la parte, algunos arrieros introducían garrafas de ron, elaborado por cuenta propia en sus ranchos y lo vendían a bajo precio, vieron en ello la ruina del negocio que habían emprendido. Y así el Alcalde y sus socios decidieron quitar de raíz el estorbo. Lo primero que se les ocurrió —hombres de imaginación— fué predicar, por todas partes, contra el alcoholismo. En la prédica parecían apóstoles, tanta pasión había en sus palabras. En sus peroratas hasta citaban versículos de la Biblia. Parecían cruzados de una santa causa. "El alcohol, de baja calidad —decía, con buena voz, el Alcalde, en las sesiones del Cabildo— es la causa de los males que aquejan al pueblo". "El alcohol corrompido, embrutece los espíritus y aniquila los cuerpos". "El alcohol sucio, determina la derrota de los más aguerridos sujetos". El Secretario, para no ser menos que su colega, aseguraba, en sus tertulias, que era archisabido que el alcohol adulterado y tomado por la vía oral, producía la lepra, el cáncer, la viruela, el sarampión, la escarlatina, la difteria y hasta hacía difíciles los partos de las señoras solteras.

Y Malafacha, en la calle, añadía por su cuenta: "Las mixturas alcohólicas incitan al robo, al crimen, al adulterio, a la herejía. Miguel Servet, señores, bebía vino con alumbre y Savonarola, el apóstata, a la hora de maitines, sorbía vasos de ajenjo con, sepa Dios, qué ingredientes.

Los ediles y las gentes oían estas sentencias con la boca abierta. Llovían aplausos y felicitaciones. Catones, Licurgos y Pirros fué lo menos que les dijeron. Nuestros héroes se dejaban incensar. Por tal campaña una academia extranjera les envió una medalla y un diploma. En una de tantas sesiones del Cabildo, preparado ya el clima, el Alcalde se decidió a ir al grano. De sopetón acusó a aquellos desalmados traficantes, que venían envenenando, con sus nefandos y aborrecidos productos, no sólo los estómagos sino también el espíritu del vecindario. Había que acabar con ellos, extirparlos de cuajo. Lo pedía así la salud pública. Exigió un pronto remedio. Advirtió que el remedio, remedio legal naturalmente (él era hombre de ideas justicieras) lo traía en la mano. De la mano lo pasó a la boca y de la boca a los oídos de sus cofrades, y así leyó, con acento patético, la orden de establecer una nueva gabela contra el ron que, en tan mala hora, se venía introduciendo. Los ediles se rasgaron los vestidos llenos de ímpetu colérico. Unos clamaron: "Hay que obrar". Otros respondieron: "Obremos, pues". Y todos "obraron". El decreto, con dispensa de trámites,

fué aprobado. Iba a salir, como otras veces, el pregonero para anunciar, con trompetas, clarines y tambores, por plazas y calles, el monto de la novísima gabela, cuando el Secretario, cual otro Zapirón, tuvo un escrúpulo de conciencia. Se paró de dos pies, se puso una mano sobre el corazón y dijo: "Oh, no, mil veces no. El pregonero, no. Ley de tal calibre debe quedar escrita. Además, recordémoslo bien, las palabras se las lleva el viento. Esta ley ha de quedar en mármoles y en pergaminos o, cuando menos, en recios papeles de estraza, ante los ojos del pueblo. Pido, pues, se ordene su inmediata impresión".

El Cabildo aprobó que la ley fuera impresa. El Alcalde se frotó las manos y, de un soplo, apagó el candil que ardía en su escritorio.

El Alcalde recibió la comitiva que traía, con tanto lujo de fuerza, el Malafacha. La recibió de pésimo humor. "Aquella no era hora hábil para administrar justicia". "La Alcaldía, como era bien sabido, era un centro de orden y de disciplina". "Todo estaba dispuesto para ser tratado a su tiempo y en su lugar". "La ley, como el comer y el defecar, tienen su horario". Pero como el Malafacha insistió en que la cosa era urgente y además grave, el Alcalde consintió, benévolo, en ver el asunto que se le traía. Pidió a Malafacha que hablara.

—Estos hombres —dijo el aduanero, señalando a los arrieros— en primer lugar se rehusaron, con malos modos, a cubrir el importe de los derechos que la ley impone por cada garrafa de ron que se introduce; y, en segundo lugar, lo que fué peor, agredieron a la autoridad de palabra y de hecho. Traigo seis hombres malheridos. Uno puede que muera y tiene mujer e hijos. (Los hijos no son legítimos, pero comen). Habrá que prestarles ayuda. Exijo que se reclamen daños y perjuicios. El punto está previsto en la ley, supongo yo.

Sin dar reposo a la lengua, añadió que él, cumpliendo con su deber, pues para eso se le pagaba (aunque no lo debido a su entender) en forma cortés hizo la advertencia del caso a los dichos sujetos, pero que éstos, cerriles que son, no le obedecieron y que entonces (y sólo entonces y muy a su pesar) recurrió a la fuerza, con las consecuencias que se veían. Agregó que las cosas allí hubiera quedado sin más complicaciones, si no se presenta, de improviso, Don Bonifacio, quien faltando al respeto que le debían merecer sus propios hábitos, se insolentó y pretendió que se libertara a los detenidos y aunque se les devolvieran las mercancías que ya estaban a buen recaudo. Dijo, por último, que eso era todo y que esperaba que el señor Alcalde decidiera lo que en justicia tuviera a bien.

Uno de los arrieros, todavía sangrando de la cabeza, quiso explicar la verdad de los hechos, pero el Malafacha le marcó el alto dándole un puntapié en salva sea la parte, advirtiéndole, de paso, que en aquel sitio (no indicó cuál) sólo se podía hablar con permiso y no antes y que, por lo mismo, cerrara el pico o se lo cerraba él y para siempre. Don Bonifacio, en seguida y sin que nadie lo invitara a hablar, rechazó lo dicho por el Malafacha y lo calificó de cínico, de mendaz. El aludido se puso rojo y levantó los puños y ya iba a descargarlos sobre el insolente, cuando el Alcalde, pretextando que estaba cansado y aburrido y harto de chismes y de enredos, puso punto final a la disputa, ordenando: que el ron decomisado quedara en la Alcaldía; que los arrieros pagaran una multa; y que Don Bonifacio, por respeto a su sotana, se retirara sin más y que, si tanto le importaba el negocio, presentara su queja por escrito.

Las garrafas fueron amontonadas en el patio; los arrieros pagaron la multa que se les impuso y el cura, entre dos esbirros, fué puesto en la puerta. Allí quedó libre. El infeliz tenía los ojos llorosos. Se dirigió a su casa.

*

Cuando don Bonifacio llegó a su casa, se dió cuenta de que en los agigolones salió con el manteo desgarrado, el pantalón hecho trizas y el cuello roto. Perdió, además, la teja, el bastón y un libraco de oraciones que nunca se separaba de sus manos. "Sea por Dios" pensó, y olvidó aquellos pesares. Se sentó en el portalillo de su casa; cerró los ojos y, sin darse cuenta, tan cansados traía el cuerpo y el alma, se durmió. A poco, la vieja Petra, que de años le asistía, al verlo tan profundamente dormido, le echó una manta sobre los pies y apagó el quinqué que pendía de una de las vigas del techo. Sin hacer ruido se alejó y se puso a cocer, en el fogón de la cocina, una ollita de tisana con ciruelas pasas, rajas de canela y briznas de vainilla, para cuando despertara su amo. Al lado puso una botella de moscatel. Bien sabía que ésta era la única medicina —por casera y por barata — que el viejo admitía sin protesta. La casa quedó en silencio. Apenas si se oía a distancia, entre un vago rumor de perros y de gallos, el paso de las carretas rebotando sobre las piedras y el pregón entriste-

cido de los serenos. Todo era quietud de pueblo.

Antes del amanecer, don Bonifacio se despertó. Se incorporó y fué a la cocina. Allí, en el apaste, se lavó las manos y la cara. Abrió la ventana que daba al patio y respir el aire tibio y húmedo. En el cielo empezaban a palidecer los luceros. Don Bonifacio prendió la lumbre y recalentó la tisana. Le echó un chorrito de moscatel y ¡hasta verte Jesús mío! Al terminarla guiñó los ojos y pensó: "Cosas de la vieja". Y se estremeció por el frío. Luego se dirigió a su mesa de trabajo, puesta allí en un rincón, bajo un nicho, donde ardía un pabilo. Se caló las gafas: sacó papel, humedeció la pluma en el tintero y se puso a escribir con todo el cuidado de que era capaz, el "ocurso" de marras. En él relató los hechos tal como los había presenciado, pidió que se cancelara aquella gabela y se devolviera a sus dueños la mercancía decomisada. Cuando terminó de escribir lo leyó y releyó y, a la verdad, no lo encontró mal, antes le pareció cumplido y hasta con cierto estilo, claro, un poquitín arcaico, reflejo de sus lecturas habituales. Firmó con su nombre completo: Bonifacio Gutiérrez y Urbaneta. Con mano suelta rasgó la rúbrica que era una espiral que llevaba, en el centro, algo así como una estrella de cinco puntas, especie de signo salomónico. Dobló el pliego, lo metió en una cuja y lo rotuló: Al señor Alcalde D. Felipe Burguillos y Navarrete. Presente.

A eso de la media tarde y después de visitar a unos feligreses, se dirigió a la Alcaldía. Despertó al Secretario que, de bruces y manoteando las moscas, dormitaba la siesta en un botaque. El covachuelista se despabiló como pudo, abrió tamaños ojos y dijo, al recibir el pliego, "que lo pondría en buenas manos". Don Bonifacio salió de la Alcaldía sin chistar palabra. Uno de los soldados de la guardia se adelantó para besarle la mano. El cura lo bendijo.

Según se supo después tal "ocurso" provocó gran alboroto en el Cabildo. Nunca antes, en la historia de la institución, se había recibido un papel de tanta insolencia. "Pedir justicia donde la justicia reinaba de modo absoluto no era cosa sencillamente absurda, sino infantil. "Sólo a un loco o a un ocioso podía ocurrírsele semejante majadería". "Es no tener la cabeza en su sitio". "Es jugar con fuego".

Para tratar del asunto, el Alcalde reunió en sesión secreta a los ediles. La sesión se celebró a la hora del Angelus. Los ediles llegaron protestando por la premura con que se les llamaba "como si no tuvieran otras cosas más importantes que hacer en sus casas". Antes de abrir la sesión cuchichearon un rato y se hicieron servir tazas de chocolate con bizcochos. "Veamos qué quiere el curita ese, de olla y de cazuela", decían unos. "Veamos qué tripa se le ha roto al zángano tal", añadían otros. Unos se rascaban la calva y otros se sonaban la nariz. Los más se palpaban la panza. A las siete en punto se presentó el Secretario.

Abierta la sesión el Secretario leyó el documento de don Bonifacio, recalcando las frases que él estimó más graves. El papel pasó, de mano en mano. Cada edil lo leyó por su cuenta, de cabo a rabo; le dió vueltas entre los dedos, lo dobló y lo desdobló varias veces, como con ánimo de romperlo. Cuando todos lo hubieron visto y olfateado, el Alcalde, hombre de leyes, ordenó que se buscaran en los archivos antecedentes que pudieran ilustrar el caso. "Los antecedentes son necesarios para formar juicio en los asuntos contenciosos" —dijo por lo bajo a los que estaban cerca de él. Los ediles movieron la cabeza asintiendo. Después de buscas y rebuscas el Secretario informó que no había nada que, ni de lejos, se acercara al caso, pero que, en cambio, sí había antecedentes, y muchos, relacionados con el sujeto peticionario.

Al oír esto, los ediles enarcaron las cejas, fruncieron la bemba y el Alcalde se atuzó el bigote. Fueron todo oídos. El Secretario habló. Parecía bien enterado de la vida y de los milagros de don Bonifacio. Lo primero que, por sus palabras, se supo fué que no se trataba de ningún santo, sino de alguien metido hasta la barriga y desde antaño, en múltiples bullicios. Entró en pormenores, algunos, con perdón, escatológicos, pero con todo, eso sí, veraces como la veracidad misma. De ellos resultó que don Bonifacio era, ni más ni menos que un tal por cual y eso haciéndole mucho favor; que la vida retirada que hacía no era sino un modo de ocultar, ante los ojos de los incautos, trácalas e intrigas. Por otros de sus dichos se supo también que el curilla, siguiendo las huellas del padre Merino, aquel que, en España, en mala hora, atentó contra la reina Isabel II, pertenecía a sociedades secretas y que no era extraño que anduviera en contubernios con asesinos asalariados. Remachó su información diciendo que don Bonifacio, en puridad, era un renegado; que sus misas no eran ni siquiera válidas porque no consagraba la hostia y que jamás nadie le vio tocar el agua bendita, seguramente porque tenía el diablo metido en el cuerpo.

El Alcalde entonces, como por vía de apéndice, informó qu la vida del padre dejaba mucho que desear, pues era público y notorio que estaba en relaciones sacrílegas con la vieja que lo asistía, la cual además, tenía fama de bruja y que de seguro había parido varias veces, pues un tiempo lucía barriga y otro andaba sin ella.

Dicho lo anterior, el Alcalde rogó a los presentes que pasaran a discutir, con la mayor serenidad posible y sin prejuicios, el tema objeto de la junta. Hubo un intermedio para tomar nuevas tazas de chocolate con bizcochos.

Reanudada la sesión, el regidor de Justicia pidió la palabra y aseguró que, visto el pliego de marras, no podían ni siquiera oírse las peticiones del cura porque, conforme a la ley, el tal carecía de personalidad jurídica y que, en su sentir, el que no tiene derecho propio no tiene derecho al derecho de petición y que, por lo tanto, debía negársele todo derecho.

El regidor de Abastos dijo que, de accederse a la petición formulada, corrían peligro los fundamentos mismos del Estado ya que, en la disputa sufrieron agresión sus representantes y que, el ahora intruso clérigo, lejos de aliviar aquella afrenta, con su presencia la agravó.

El regidor de Orden y Decoro opinó que, sobre todo, debía velarse, como hasta entonces se había velado, por la salud del pueblo, la cual se veía amenazada, según constaba a todos, por la venta clandestina de ese ron adulterado, de pésima calidad, que venían introduciendo, sin escrúpulos, aquellos arrieros.

El Alcalde ya no necesitó oír más razones. La doctrina jurídica se había agotado. Las pruebas del delito estaban patentes. Resumió, en pocas palabras, los pareceres dichos, que tuvo por sensatos y apegados a la verdad y pidió (¡era tan cortés!) la venia necesaria para someter a la consideración del Cabildo el decreto que, previsor, traía redactado. Le dieron la venia. El pliego pasó entonces a manos del Secretario, quien, de pie y emocionado, lo leyó. En el decreto se decía, después de varias consideraciones legales, morales y religiosas, que era improcedente la denuncia presentada y que, por ende, no se accedía a las peticiones inherentes a ella.

Cuando don Bonifacio recibió semejante respuesta, estaba en el atrio de su parroquia, de plática con los arrieros que, nerviosos, esperaban tener noticias de su asunto. El cura abrió el pliego y lo leyó para sí. Ante su contenido, frunció el ceño. Luego, muy a pesar suyo, informó a sus amigos acerca de lo dispuesto por el Cabildo. Los arrieros, naturalmente, se mostraron inconformes. Aquello no era posible tolerarlo. Era demasiado. Rebasaba toda medida. Rodearon al cura pidiéndole consejo. Discutieron un rato y decidieron ir, en masa, a la Alcaldía para protestar por semejante resolución. Don Bonifacio les dijo que, de grado, él los acompañaría en tal diligencia. No esperaron más, y salieron del atrio. En el trayecto se agregaron gentes de la calle, de esas que no cuentan pero hacen bulto y además chillan y manotean. No faltó la consiguiente chiquillería. Hacía lo suyo. Se improvisaron estandartes y letreros. Un "burro" de papel representó al Alcalde; una "rata" al Secretario; y un "lagarto" al Aduanero. Alguien echó al aire una canción. Era una canción subversiva. Los demás, sin saberla, la corearon. Salieron a relucir algunos "mueras". Bien a bien nadie sabía quién debía morir, pero se decían "mueras" con ganas y coraje. Y así, gritando y vociferando, llegaron a la Alcaldía. Al primer envite huyó la guardia. No dejó huellas. Don Bonifacio llevaba la sotana arremangada. Crecía el alboroto; por instantes los gritos se hacían atronadores. Arreciaron los "mueras". Don Bonifacio gritaba: ¡Justicia! Algunas piedras cayeron en los balcones del edificio y rompieron los vidrios de las ventanas. Varios hombres trajeron una viga y con ella empezaron a golpear el zaguán. A cada golpe trepidaban las paredes. En un instante las puertas de la Alcaldía se derrumbaron con estrépito. El populacho invadió el interior, destrozando lo que encontró a mano. Iba a avanzar cuando, en lo alto de la escalera, apareció el Alcalde. Ante él, por un instante, la multitud se amilanó, pero el Alcalde aprovechó el silencio y anunció: "que podían recoger las garrafas decomisadas". Don Bonifacio gritó: ¡Justicia! La multitud no le hizo caso y se precipitó hacia el patio donde estaban las garrafas. Estas pasaron, en seguida, de mano en mano y de boca en boca. El ron corría a chorros. Todos bebían. Don Bonifacio gritaba: ¡Justicia! Una voz dijo: ¡Viva el Alcalde! Muchas voces respondieron: ¡Viva! El cura arrebató una garrafa y la rompió lleno de ira. La gente lo insultó, lo atropelló y pasó sobre él. Todavía en tierra gritó varias veces: ¡Justicia! Pero ya nadie oía nada. La multitud babeaba alcohol. Pasó un tiempo. Al fin las gentes, ahitas, se dispersaron. Y sobre las piedras quedó, tirado, el cuerpo de don Bonifacio. Don Bonifacio ya no gritaba ¡Justicia! pero tenía los ojos muy abiertos. En ellos se miraba el pueblo de Maragato que tenía fama de rico, próspero y tranquilo.

Crónica literaria

Colaboración de *Ricardo A. LATCHAM*

Naufragio de indios. Por Ermilo Abreu Gómez. (Ediciones Botas, México 1951).

Ermilo Abreu Gómez pertenece a una generación de escritores mexicanos que han sentido las cosas de su tierra de modo nuevo y acendrado. Nació en Mérida, Yucatán, en 1894, y desde joven vivió en México entregado a una dura lucha con el medio incomprensivo y, a veces, hostil. En sus mocedades cultivó el teatro y después se consagró a la crítica, realizando una tarea interpretativa de viejos valores literarios, como Peón y Contreras, Sigüenza y Góngora, Ruiz de Alarcón y Sor Juan Inés de la Cruz. Son famosos en el campo del hispanismo actual sus magníficos estudios acerca de la gran escritora barroca y han provocado polémicas de interés por sus atrevidas conclusiones.

Pero donde Abreu Gómez ha llegado a ocupar un sitio de excepcional relieve es en el terreno de la novela y el cuento. Así lo demuestran sus *Cuentos de Juan Pirulero* (1939), el bellísimo relato *Canek* (1940), sus *Héroes Mayas* (Zamná, Cocom, Canek) (1942), *Quetzatcóatl* (Sueño y Vigilia) (1947) y la reciente narración *Naufragio de Indios*. También su libro *Sala de Retratos* (1946) constituye un conjunto de apuntes y descripciones de gran precisión que, a veces, capta los rasgos de las personas que enfoca con fino humor y aguda destreza.

En *Naufragio de Indios* el tema es histórico, el medio que refleja el de su tierra yucateca y el episodio que evoca es de un período intenso del Imperio de Maximiliano. El procedimiento es parecido al que utilizó en su ya clásico *Canek*, de trasfondo social, pero con inolvidable emoción humana. Aquí los rasgos de los personajes, desfigurados hasta lo caricaturesco cuando conviene a su intención, recuerdan el método de Valle Inclán en sus renombrados "esperpentos". Pero Abreu Gómez sabe traspasar a todo lo que toca su pluma de algo mágico que fluye de su estilo, depurado hasta el sacrificio de cuánto puede ser estéril ejercicio retórico o superflua licencia descriptiva.

Octavio G. Barreda dijo en la Carta-Prólogo a su *Sala de Retratos* que es un panteísta, un comunicante y un comunicador. Eso lo comprobamos en un largo trato con Abreu Gómez durante una común residencia en Middlebury College, en los Estados Unidos, donde se empezó *Naufragio de Indios* y pudimos apreciar sus métodos de trabajo intelectual. Raras veces coinciden en un hombre de letras semejantes virtudes, de raro linaje. Es un conversador sin par, de esos que tienen siempre asegurada la audiencia. Sabía imponerse a públicos que estaban ayunos de los matices del castellano, que en su verba cobraban acentos y reflejos de casticismo mexicano. Las clases de Ermilo estaban pobladas por asidua clientela de oyentes rubios y nos solíamos colar de intrusos a sus lecciones de hondo significado. En Santiago de Chile, durante una breve visita, dió una soberbia y sintética conferencia en el Instituto Pedagógico de la Avenida José Pedro Alessandri sobre el teatro de Ruiz de Alarcón, cuyos problemas desmenuzó como un relojero de la crítica.

Suelen los buenos prosistas ser de moderada elocuencia, pero esto no rige con el autor que ha provocado en su patria un



Ermilo Abreu Gómez (1952)

fenómeno espiritual bautizado con el nombre de "ermilismo". Lo coloquial, por eso, cobra en sus libros una veracidad y colorido que en *Naufragio de Indios* son uno de sus mayores atractivos. La trama está labrada con hechos reales del pasado, transfigurados por el arte recreador de Abreu Gómez. Una historia de amor entre Carlos, de ideas liberales, y la hija de un cacique oportunista, don Torcuato, casado con doña Sinforosa, de plebeya estructura, que apenas disimulan sus talegas. La niña Hortensia, fina estampa romántica, ayuda a su novio contra las ideas de la familia y acaba identificándose con sus sentimientos generosos y republicanos. Pero el fondo social de *Naufragio de Indios* fluye de un episodio insertado en el argumento y que hila sus intrigas con realismo costumbrista: la llegada al puerto de San Blas de unos emisarios franceses del imperio de Maximiliano que van a preparar una costosa recepción a Su Majestad la Emperatriz Carlota. Todo el mundillo burgués de Mérida y sus contornos se disponen a presentar sus saludos a los representantes de un régimen extranjero y resistido por el pueblo. La lucha entre liberales y monárquicos está descrita con gran fuerza y culmina en un motín de las gentes de abajo, llámense estos léperos, pelados o simplemente plebe. El novelista concluye la acción en el instante en que el navío "Lafontaine", abarrotado con los prisioneros indios que embarcaron allí las autoridades, se hundió con su cargamento. Final trágico que justifica el título de la obra y rubrica dramáticamente a los otros episodios, en que se regodea el espíritu crítico de Abreu Gómez.

El rumbo general de la novela es satírico y la precisión severa del estilo de su autor se exhibe gustosa a través de una exposición limpia y ceñida. Abundan los caracteres y los contrastes desde el oportunista de todos los tiempos simbolizado por don Torcuato y ese inolvidable don Catrín, que recuerda los tonos populares de la prosa mexicana de Fernández de Lizardi, hasta otros nobles y entrañados, como la niña Hortensia, su novio Carlos, el severo y cristiano Padre Avila, su hermana doña Celia, mujer cabal y la criada doña Nicha que ayuda a su patrona en sus amores con el caudillo rebelde. Hay también tipos de apicarada estirpe: don Policarpo, hecho para "las cosas seguras y firmes"; Caralampio, bribón de cuidado, que en su juventud fué político y de los buenos, es decir, de los que son capaces de disimular cualquier doctrina, con tal de sacar adelante su propia ambición; doña Luperna, recogedora de chismes y novedades; doña Amadesia, hembra rijosa y desvergonzada, y su marido, don Folías, estampa grotesca del cornudo, complaciente siempre con los descarados amores de su mujer y el coronel Saguaripa, tipo de bravucón que, como ninguno, emblematiza la corrupción de un régimen político.

Abreu Gómez ha sacado partido de tan vasta galería humana y en el retablo de sus títeres caben las deformidades morales y las sublimidades angélicas en pronunciada oposición. El tono a veces cobra intensidad y podemos registrar escenas de vivo realismo: la primera fiesta dada en casa de don Torcuato al regresar éste de su rancho de San Antonio, con acopio de materiales grotescos y adecuados a la sátira; la tertulia de los nobles en la mansión de don Gonzalo Mendiola, Conde de Buenavista, con su rueda de amigos y personajes partidarios del Imperio, todos severamente impregnados de la atmósfera patricia, que contrasta con el arribismo de los camaradas del astuto D. Torcuato; el motín de la plebe y el asalto sangriento al cuartel donde resisten las tropas del coronel Saguaripa y halla la muerte el padre de la niña Hortensia, y la vigorosa estampa del naufragio en que perecen los indios prisioneros junto con los soldados que los custodiaban.

Las ansias rebeldes de Abreu Gómez surgen siempre bajo el decoroso velo de un estilo transparente que posee todos los recursos de un arte singular.

No podemos resistir a la tentación de citar algunos fragmentos que ilustran su evocador encanto. Por ejemplo esta descripción tropical: "El ambiente era manso y bochornoso. Se sentía la tibieza húmeda, ácida, propia de las tierras tropicales. De cuando en cuando llegaba el hedor de las aguadas lejanas. La respiración era difícil. Las hojas dejaban ver trozos de nubes. Algunos murciélagos cruzaban el cielo, derramando gritos amarillos. (Para mí, secretos de la infancia, el grito de los murciélagos es amarillo, como el canto de los gallos es rojo, como el croar de las ranas es gris. Las asociaciones de imágenes no tienen, diría yo, estancos o compartimentos; se dan confusos, abigarrados y unos y otros se solicitan o se repelen. A veces provocan resonancias externas que no dejan de sorprendernos. El mundo que habita el alma es complejo y no se deja encasillar. Además nadie me quita de la cabeza que los murciélagos son los duendes de que hablan los cuentos. La prueba está en que si se les hace la señal de la cruz se espantan y huyen. Una vez la hice a uno que aprisioné y me mordió. Tal vez no la hice bien o el maldito es hereje. Todo es posible). Entre la verdura del lugar se percibía un enjambre de cocuyos y, a lo lejos, se oía un can-

(*Concluye en la pág.* 348)

Alabanza en la Torre de Ciales

Es un poema inédito de *Juan Antonio CORRETJER*

I. MANIFIESTO

En una isla selvosa, circundada
del proceloso mar.
Pero, no. No es Itaca.
Este mar que nos tiñe y nos abraza
es demasiado grande para un Ulises de gramática.

¡Por aquí anduvo Cristóbal Colón redondeando el mundo!

Ese ausubo de sangre que no se cimbra en la sabana
aún recuerda en su copa la primitiva selva borincana.

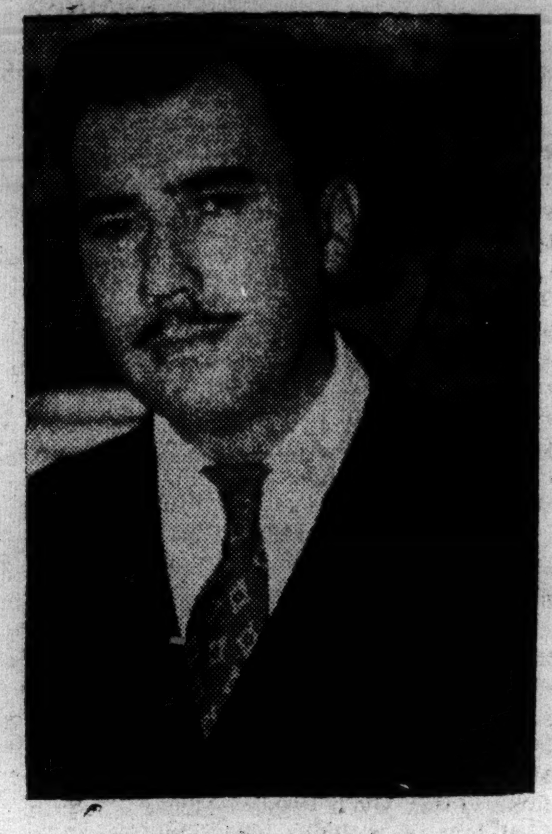
¡Ningún Aquiles lloró bajo sus ceibas y majaguas!
¡Aquí partió Guarionex con su corazón una lanza!

Ni cítaras ni laúdes en nuestras noches estrelladas.
Suena el güícharo como un descarga.
Retumba el bongó. El *cuatro* tiene una prima de diana.
En el seno de la bordonúa arde una rabia.
A la orquesta criolla la llama el pueblo música brava

Y, sin embargo, al hacerse la noche, cuando la gran fragancia
tiende su manto de coquíes como una bandera despertada,
y en los Picachos de Jayuya están las estrellas arrodilladas;
cuando las aguas de la luna bajan por el Río de la Plata
haciendo celestes caseríos desde Comerío a Toa Baja,
y en Ponce nacen los nísperos con luz de lucero encapsulada,
o en Guaynabo están las marías llenas de alisios y de flautas,
en el Puente de la Aldea en Ciales está soñando una guitarra.
Una niña abre muy grandes los ojos en la obscuridad de su casa.
Un hombre, en su balcón solitario, con la cabeza canta.
Y la poesía de los siglos le llega desde sus montañas
que no son las montañas de Itaca.

II. LA LARGA MIRADA

Desde un antes de ayer con la esperanza,
mientras tañe, lenta, la campana,
vuelvo a cruzar la plaza aldeana.
Rememora aún el día haber nacido del alba.
Hacia la torre de la Iglesia mi pensamiento anda.
Entro. Veo la pila bautismal. El hisopo. Las andas.
Nadie habla a mi corazón. Nadie ni nada.
En silencio y a solas subo las gradas
hacia el coro. Cruje en el silencio mi pisada.
¡Oh soledad callada!
Los hábitos vacíos, y aquél atril agranda
en hondos calderones y obscuros pentagramas
las aguas de la cuenca gregoriana:
esas aguas profundas, largas y arremansadas.
¡Oh música callada!
El órgano. He aquí su pía voz valetudinaria
hecha fijo silencio. ¡Oh soledad callada!
Oigo mi frente como grita: ¡sombras carmelitanas,
queridos amigos: Fernando María de Lloveras,
el de la tierra catalana!
¡Carmelo Almela desde la huerta valenciana!
¡Oh soledad callada!
Nadie habla a mi corazón. Nadie ni nada.
¡Por aquí ha pasado la muerte con su larga sotana!
Tañe, aún tañe lenta la campana.
Sigo subiendo las gradas.
Llego. Mis ojos siguen el balón de la campana
por los montes, las vegas, las sabanas.
¡He aquí, seres humanos, la tierra bien amada!
Credibile est illi numen inesse loco... ¡Calla!
No hubo Ovidios ni Horacios que esta tierra cantaran.
Una lira inmortal, pensó Gautier necesitaran.
¡Oh música sonora! ¡Oh soledad poblada!
Todos me dicen. Todo y todos me hablan.
Solemne y monolítico el monte entona su hosanna.
Coloquian ambos ríos con sus lenguas de agua.
La Vega escribe su oración horizontal y amplia.
¡Los árboles! Puertorriqueñamente accionan sus palabras.
¡Oh música sonora! ¡Oh soledad poblada!



Juan Antonio Corretjer
(1950)

✖

Igual que en hombro amigo mi mano reposara
pongo sobre mi tierra la más larga mirada.

¡Y esto veo, camaradas!

III. LA TIERRA

Por la mitología aruaca
que de areyto en areyto le llegara
a Luis Pane, y éste nos relatara:

En el principio era la Tierra. Y la Tierra era ancha.
Erase un inmensa y única tierra ancha.
En mitad de esta tierra se erguía una montaña.
Y esta montaña era la más grande y más alta montaña.
Jamás el ojo humano vió igual o parecida montaña.

Creció en la cumbre de la montaña un árbol de gigantesca rama.
Y era este árbol el árbol de altura más titánica.
Jamás el ojo humano vió igual o parecida planta.
Y al pie de este árbol, en la inmensa montaña,
nació una mata de calabazas.

Era un gigantesca mata de calabazas.

En la cumbre de la montaña más alta,
en donde crecía el árbol de gigantescas ramas,
nació esta mata, la más grande mata de calabazas.

Yo he visto nacer el Río Grande de Loaiza en la tierra
[sanlorenzana.

Allí, en el huevo de la glebal entraña,
como el misterio de un corazón que palpitara
bajo tierra, y por orden de amor resucitara,
he visto yo latir su prima agua.
Ya se le van uniendo las quebradas.
Ya el Río del Espino acumulara
sus aguas con sus aguas,
y el Gurabo, y el Caguas,
y el Trujillo, el Canóvanas.
Y lo he visto, solemne, con sus amplias
riberas y sus ganados y sus cañas
y sus muchas comparecencias unificadas,
besar con dulce boca las espumas atlántidas:
él, el único, el Río Grande de Loaiza, el más grande río
[de la Patria!

Cosa igual hizo aquella mata de calabazas.

Sus raíces hundió en la genésica montaña
y extrayendo todas sus secretas fuentes mágicas
fué única en su fruto: en todos los tiempos la más grande calabaza.
Jamás el ojo humano vió igual o parecida calabaza.

Y sucedió que un día aquella calabaza
fué vista desde lejos por la pupila humana.
Desde lejos, dos hombres, atentos, la miraban.
He aquí la ambición buena. Y he aquí la ambición mala.
El uno para el bien de la tribu la tomara.
El otro para sí. Para sí nada más la deseaba.

Por un lado de la pendiente el uno. El otro por la opuesta halda.
Llegados a la cima, cuando el sol más hermoso brillaba
y el viento en la maleza dulcemente arpegiaba,
ambos hombres por su botín luchaban.
Y luchando rompieron el bejuco de la calabaza.
La calabaza rodó cuesta abajo. De risco en risco rebotaba.

En el año de 1918 tembló la tierra borincana.
Fué el once de octubre a las diez de la mañana.
Una viga secreta en nuestra armadura geológica
quebróse, y un basto rugido salió del fondo de la patria.
Cuarteóse la tierra bajo las gentes empavorecidas.
En Mayagüez y en la región aguadillana
dió un salto atrás de espanto la mar encabritada.
Alejóse hasta considerable distancia
y brincó luego sobre la playa.
Era como una joven yegua desbocada,
roto el freno y la boca llena de lavaza.
Su pecho azul de sirena enajenada
fué dejándolo todo bajo agua:
calles, tumbas, domicilios y plazas.

Los boricuas que vimos la catástrofe mencionada
apenas podemos imaginar la hecatombe de la mitológica calabaza.

Rodó cuesta abajo. De risco en risco rebotaba.
Hasta que, contra una roca de puntas como lanzas
se abrió en dos la calabaza.
He aquí que sobre aquel mundo que era sólo tierra ancha
rodó cubriéndolo todo el mar que en la calabaza se ocultaba.
Y el espíritu de Bagú se movía sobre las aguas.
Su furia estaba desatada.

Lo cubrió todo, lo arrasó todo con sus terribles garras,
y cuando quiso reunir en un lugar las aguas,
y lo árido y seco se mostrara,
quedó, libre del mar, la cumbre de la inmensa montaña,
la sola cumbre de la más hermosa y grande montaña:
Una isla selvosa, circundada
del proceloso mar.
Pero, no. No es Itaca.
¡Es la preciosa tierra borincana!

IV. LOS DESPOSADOS

La luz huele, cuando, en la noche, la tea de tabonuco pasa.
En aquellos tiempos Juan Ponce forcejeaba
contra la idea de trasladar Caparra.
Todos los funcionarios argumentaban
contra Ponce, y su tenacidad se empecinaba.
Todos los caparrenses partido tomaban.
Pero Diego González, un soldado de hambre y espada,
expresábase de una manera sarcástica
sobre la caparrense algazara.
Era una discusión entre dueños de indios, tierras y casas.
Diego González jamás ha poseído nada más que su hambre [y su espada.
Mucha más hambre que espada.
Y una noche, burlando la guardia,
internóse en la profunda maraña
de la selva. ¡Al diablo con los petos de retórica
y las leguleyas corazas!
Diego González caminó las horas largas.
Cuando la noche, hambrienta y cansada,
apagó sus estrellas y acudió adonde la leche del alba,
seguro ya de la distancia
escondió en un balsero, bajo unas matas,
su humanidad fatigada.

Despertó. Un grupo de indios lo observaba.
Para Diego González una vida nueva comenzaba.
No. Nadie lo sabía. Pero empezaba a irse España.
Mucha menos España había en los hijos que le diera la india [Anana.
Este hijo que es ya un hombre de fornida espalda,
blanca la tez y cabellera lacia,
mezcla en su lengua españolas e indias las palabras.
Otros aromas, otros sonidos, otras luces, otras esperanzas,
imposibles en la llanura castellana,
impregnaron su infancia.
Por esta tierra que le tocó las pomarrosas suspiraban.
En su taza de piedras hierve espumas el Balbas.
Aquí, en lo profundo de los seres, una cosa nueva se prepara
Un día, aquí se va a querer una patria.
¡La luz huele, cuando en la noche, la tea de tabonuco pasa!

Un día. La selva. La montaña.
Alredor del incahieque las siembras retoñaban.
El conuco: el rubio maíz, la yuca, escondida y pálida.
Los algareros changos y las chirriantes calandrias.
Los hombres. Las mujeres. Los adolescentes. La infancia.
La rueda del areyto y el behique con su pedagogía cantada.
El cacaotal sombrío. Las cumbres soleadas.
El techado de zafírea luz y nubes blandas.
La vereda serpeando entre mayas.
Y unas voces que llegan. Y unos labios que hablan.

Hasta esta paz unos vecinos cazadores han conducido una [figura extraña.
Su piel es negra. Su cabello es espesa maraña.
Como la más blanca tela de coco su dentadura es blanca.
No viene, Ha sido traída de muy lejos. Contra su gana.
Cruzó la mar terrible en asesina barca.
Pero esta selva, este cielo, esta montaña...!
Esta aldea en calma.
¡Oh nativas memorias! ¡Dulce tierra africana!

¡Ah los fugaces años que pasan y que pasan!

El conuco: el rubio maíz, la yuca, escondida y blanda.
El tabaco fraternal. Y la pesca. Y la caza.
Diego González bajo la tierra blanda.
El nieto de Diego González y su mujer. La evanescente indiada.
La desteñida nieta de la figura extraña
traída por el terrible mar en la asesina barca.

La luz huele, cuando en la noche, la tea de tabonuco pasa!

V. OUBAO-MOIN

El río de Corozal, el de la leyenda dorada.
La corriente arrastra oro. La corriente está ensangrentada.
El río Manatuabón tiene la leyenda dorada.
La corriente arrastra oro. La corriente está ensangrentada.
El río Cibuco escribe su nombre con letra dorada.
La corriente arrastra oro. La corriente está ensangrentada.
Allí se inventó un criadero. Allí el quinto se pagaba.
La tierra era de oro. La tierra está ensangrentada.
En donde hundió la arboleda su raíz en tierra dorada
allí las ramas chorrean sangre. La arboleda está ensangrentada.
Donde dobló la frente india, bien sea tierra, bien sea agua,
bajo el peso de la cadena, entre los hierros de la ergástula,
allí la tierra hiede a sangre y el agua está ensangrentada.
Donde el negro quebró sus hombros, bien sea tierra o bien sea [agua,
y su cuerpo marcó el carimbo y abrió el látigo su espalda,
allí la tierra hiede a sangre y el agua está ensangrentada.
Donde el blanco pobre ha sufrido los horrores de la peonada,
bajo el machete del mayoral y la libreta de jornada
y el abuso del señorito, allí sea tierra o allí sea agua,
allí la tierra está maldita y corre el agua envenenada.

Gloria a esas manos aborígenes porque trabajaban.
Gloria a esas manos negras porque trabajaban.
Gloria a esas manos blancas porque trabajaban.
De entre esas manos indias, negras, blancas.
de entre esas manos nos salió la patria.
Gloria a las manos que la mina excavaran.
Gloria a las manos que el ganado cuidaran.
Gloria a las manos que el tabaco, que la caña y el café sembraran.
Gloria a las manos que los pastos talaran.

Gloria a las manos que los bosques clarearan.
Gloria a las manos que los ríos y los caños y los mares bogaran.
Gloria a las manos que los caminos trabajaran.
Gloria a las manos que las casas levantaran.
Gloria a las manos que las ruedas giraran.
Gloria a las manos que las carretas y los coches llevaran.
Gloria a las manos que a mulas y caballos ensillaran
[y desensillaran.
Gloria a las manos que los hatos de cabras pastaran.
Gloria a las manos que cuidaron de las piaras.
Gloria a las manos que las gallinas, los pavos y los patos criaran.
Gloria a todas las manos de todos los hombres y mujeres
[que trabajaran
porque ellas la patria amasaran.
Y gloria a las manos, a todas las manos que hoy trabajan
porque ellas construyen y saldrá de ellas la nueva patria
[liberada!
¡La patria de todas las manos que trabajan!
Para ellas y para su patria, ¡alabanza! ¡alabanza!

VI. PERFIL DEL SER

En la tenebrosa noche, cuando parece que va a salir la nada
del viento negro, como un caballo de sombra cuajada,
como una prieta vaca
con cabeza de mundo y cola de montaña:
en la tenebrosa noche de vela apagada
y de linternas suicidadas,
cuando por la vastedad de la tiniebla percibo la ancha
cintura del mundo que habita mi patria,
y como nunca siento la rápida
rotación del planeta, la ráfaga
que a los hombres del trópico derrama:
en la terrible noche que ha abolido el Paso del Guajataca,
que ciega la trinchera del Asomante, asomada,
empinada sobre el Mar Caribe, sobre Salinas de tierra aplastada;
en la terrible noche de manos embadurnadas
por Jájome obscurecida y ensombrecida Guayama,
y Lares callada
y ennegrecida Villalba,
y Adjuntas apagada;
en la tenebrosa noche que me prohibe la mirada,
ando buscando yo, poeta, una palabra.
Una palabra como un cincel que esculpa y labra.
Una palabra como una llama,
como una luz, como una ventana iluminada,
como una esposa adorada.
Porque quiero escribir el perfil de nuestro ser, el centro de
[nuestra alma,
y el latido más profundo que late en lo más hondo de nuestra
[entraña.

Por mi frente ha volado una paloma roja. Va a la distancia
y posa en un horizonte que va tornándose grana.
Este horizonte va creciendo. Se expande y agranda
y todo él se vuelve una naranja dorada.
Es el día. La noche ha sido derrotada.
Se ha retirado llorando por Yabucoa, desconsolada.
Ha doblado el cuello en Humacao, ya en su última lágrima.
Ha perecido en Vieques, degollada.
Es el día. Ha resurgido la forma de la patria.
Está nueva, recién lavada.
Dulce que es hundir en la yerba rociada
la dolorosa frente insomniada.
Dulce que es poner las palmas
de las manos en la húmeda grama.
Dulce que es tomar en la mano la arcilla refrescada
y llevarla a la boca, saber a lo que sabe la patria,
y saborearla y tragarla
mientras una energía nueva su vitamina agiganta
en nuestra sangre que canta
y en nuestra piel que se abrillanta!
Probad y alumbraréis. Os doy palabra.

Os doy palabra que en la luz de esta mañana
he visto a un hombre, a una mujer y a un niño. Descansaba
un instante la brisa del Sur en el bordado de las guabas.
Una pareja de reinamoras piaba
saltando, picoteaba las guayabas,
extendía sus cortos vuelos de veloces alas
hasta donde la berengena cimarrona, junto a la alambrada,
hacía brillar sus redondas y amarillas lámparas.
Huía al malangal un martinete de pasta
gris y un pájaro-bobo de cola pintada
en un seco yagrumo reposaba.
Había una novilla colorada
paciendo su yerba de guinea: apaciguaba
la luz con su búdica calma.

El hombre, la mujer y el niño.

Antes que el lado negro de la peronía del mundo girara
y su lado de luz por entre el guabal se mostrara,
el hombre, la mujer y el niño saldrían de su casa.
Encendía la mujer el fogón. Entre las tres piedras tiznadas
enrojecía la leña sus ojos. Desayunaban
medio coco de negro café. Eso era todo. Eso, y el lucero del alba.
Seguían rumbo al cafetal las plantas descalzas.
Pendían de sus cuellos las canastas.
Dentro de sus ropas harapientas y livianas
sus cuerpos gemían el frío de la madrugada.
El hombre, la mujer y el niño pasaban
el día en el cafetal. El poético cafetal les daba
el ardiente escozor de los albayaldes que su piel desgarraba,
los enjambres de avispas que sus caras hinchaba,
los sacos de pús de la mazamorra en sus plantas
y un purgatorio de uncinaria.

Salían luego del cafetal. Vuelta a la casa.
La mujer cocinaba.
¡He aquí con qué voracidad tragaban
su dita de guineos a secas, lejos de la casa
principal de la hacienda, lejos de las viandas
exquisitas del dueño: la gallina horneada,
la multicolor ensalada,
los rubios lerenes y las sabrosas almojábanas!
El cansancio los tumbaba.
Iban a la cama
de madera, a la pesadilla de la malaria
Iban lejos, muy lejos de la patria
del amo, que no es su patria.
Lejos de la cómoda butaca
en donde se acomoda la charla
idiota, la traidora palabra,
en donde se lee el magazine de moda y la revista de elegancia,
mientras piensa el amo que es buena la canalla
imperialista yanka,
aunque bien sabe lo estima menos que a la banana,
menos que al tabaco y muchísimo menos que a la caña.

El hombre, la mujer y el niño...

¿Fué una tarde? ¿Fué una mañana?
Recogían un café que orillaba
el cercado. Oyeron cómo las gallinas cacareaban.
Alzaron los ojos al cielo. Vieron, alta,
bien alta, la cruz plumada,
la egregia figura balanceada
del guaraguao. El garaguao planeaba.
¡El guaraguao! Viene del fondo espeso de la montaña.
Viene de los últimos tabonucales, de las últimas caobas,
de los últimos ausubos y ortegones, de las últimas marañas,
y de las últimas rocas. Viene de las últimas aguas
y las últimas lontananzas,
de las más escondidas mayas,
de los tremedales en donde a pleno día aún burbujan las
[luciérnagas.
Viene de donde se esconden heridos los múcaros, de donde las
[yaboas de plata
obscura y de solemnes y húmedas patas,
empollan; de donde los últimos carraos perduraran.
Viene de las cuevas de las ratas
más montañesas. Viene del fondo espeso de la montaña.

¡El garaguao! Los jíbaros lo miran y se dilatan
sus pupilas en el azul de la alta distancia.
El guaraguao vuela en ondas largas.
Es la suya una pulcra y agresiva geometría de las alas,
una fuerza perenne y equilibrada
más allá de la piedra, más allá de la perdigonada
y del rifle. Sabe caer como avión de picada
sobre su presa, y se remonta con ella en las garras
entre un aplauso de plumas escapadas.
El hombre, la mujer y el niño le han seguido con la mirada.

Huyen las gallinas despavoridas bajo las matas.
Cuando, pequeño y rápido como una bala
se ve el pitirre que en persecución del guaraguao se lanza.

Viene de los negros laureles de copa abultada.
Ha estado de pie, ante los campos y la ráfaga,
enhiesto, como una flecha animada
sobre el solitario dedo de las reales palmas.
Viene del corazón puertorriqueño, de la masa
de nuestra sangre. Nació en nuestras venas, en la más alta
pulsación del ser nativo, en la palabra
que nos creó, en la primera luz de la madrugada
del primer día, en el primer rocío, en la primera gana
de ser lo que somos, en el primer manantial que brotara,
en la primera raíz que reventara
en la primera tierra oreada.
Viene del corazón de Agüeybana.
Y cuando canta, canta, canta:
—Pitirre, pitirre, pitirre —es como si gritara:
Patria, Patria, Patria!

El pitirre es pequeñín, altivo y rico en maña.
Nunca se mira el tamaño su valentía alebrestada.
(El guaraguao es muchas veces sus alas).
Pero él es veloz, es ágil; su fuerza se agiganta
en el combate, su pico se multiplica en la batalla.
Es como el Cemí de la furia; es como un meteoro su picada.

Cuando en el cielo de la tarde o de la mañana
contempla el puertorriqueño sus hazañas,
le ríen los ojos, le ríen los dientes, le ríe el alma.
Sobre el ave grande lo manda:
—Pícala, pícala, pícala.
Por debajo de las alas.
Por el lomo de plumas encrespadas.
Por la cabeza pelada.
Por el buche, por la cola erizada.
Pitirre: pícala, pícala, pícala.

El guaraguao huye como una bandera desquiciada.
Lo persigue el pitirre con insaciable saña.
Y el hombre, la mujer, el niño con el alma calmada
dicen desde hace siglos: —cada
guaraguao tiene su pitirre.

Patria
de primaveras sosegadas,
patria de frentes martirizadas,
de manos trabajadas y cercenadas
y de sinsabores castigada.
¡Patria de guaraguaos abusada!
Toda la sangre, todas las ansias,
toda nuestra fe, toda la fuerza que alcanza
a extender el arco de nuestra ánima
se perfila en nuestro ser en la espontánea
admiración, en la pasión fijada
con que el hombre, la mujer, el niño, alzan
sus ojos al cielo: al cielo azul con nubes blancas
por donde el pitirre al guaraguao a picotazos desplumaba!

¡Oh patria, de pitirre esperanzada!

VII. INMEDIATA A LA IDEA

El verbo nace del fondo de la especie humana
y en sus necesidades se substancia.
Cuando hubo patria el hombre dijo patria
Cuando hubo pueblo el hombre pueblo pronunciara.
Cuando ya hubo qué cantar Juan de Castellanos cantara.
Algo hay aquí por relatar y Torres Vargas lo relata.
Estamos ya por historiar para que Iñigo Abbad historiara.
Letras hubo para fundar y nació Alejandro Tapia.
Cuando el crepúsculo boricua, el de la noche y el de la mañana,
tiñó de rosa y de ternura las hondas telas de nuestra alma
cuando la boca de la doncella un beso al cielo enviara
y en el velorio del muchacho bebiéronse juntos rones y lágrimas;
cuando en la floresta el viento entre los sauces retozara,
y entre las peñas el riachuelo ruidoso o manso deslizara,
cuando dentro de la gente borincana
gritara el clarín, y el bombardino sollozara,

José Campeche pintó sus tablas,
Frasquito Oller su obra creara;
en la Catedral de San Juan San Pío se levantara
limpio en las fuentes de los órganos con que Gutiérrez lo bañara.
Y en los salones y en las salas
de polizones y de máscaras,
Juan Morel Campos labró su estatua
con la batuta levantada.

Una hora crepuscular con su gran pompa solemnizada
sobre el mar de Puerto Rico otro de llamas derramara.
Un oficial de artillería desde El Morro lo contemplaba.
Su gran espíritu viril, su sensibilidad delicada,
vibraron larga, largamente, como las cuerdas de un arpa.
El mar inmenso cruzó un día y comió el pan de tierra extraña.
Desde allá vió y desde allá sintió con las dos cuerdas de su arpa,
y a una la quiso por la otra y las fundió en una sola aria.
¡Mirad, boricuas, al poeta dulce de la patria!
¡Mirad su endeble cuerpo enfermo y vedle la entereza del alma!
¡Sabed cómo quisieron abrirle la puerta falsa de la fama
y ved como entró en la historia con su fina llave borincana!
¡Recordad cómo el hombre supo dejar Madrid y romper su
[espada!
¡Venid a verle esta tarde soleada,
mientras el mar de Atlante junto a las rocas su espuma
[despedaza
y hasta en la tumba que sus amigos fielmente le cavaran
el tibio sol de su país penetra y esta querida tierra le idolatra!

Ayer me he parado en la colina, dominante y sacramentada,
de Hormigueros, donde Ruiz Belvis apostolara.
He meditado humilde y contrito en la Plaza
de Cabo Rojo. Y he sentido como una ráfaga
roja, muy roja, sobre mi frente calcinada.
He sentido en mi corazón como una roja marejada.
En Hormigueros el Informe me ha calentado como una llama.
En Cabo Rojo la *Virgen de Borinquen* me ha mirado con su
[dulce mirada.
He ardido con los Manifiestos y he vitoreado las Proclamas.
Y he gritado a todos los vientos como Betances gritara:

—¡No quiero colonia ni con España
ni con Estados Unidos! ¿Qué hacen los puertorriqueños
[que no se rebelan?

Hoy he vuelto de Mayagüez y me he detenido en Río Cañas.
Aquí ha nacido Eugenio María de Hostos, quien enseñara
a pensar a un continente. ¡Gran Eugenio María! Todavía en
[el aula
madrileña, cuando apenas el bozo le apuntara
y un puñado de pueblos por su pluma esperara,
antes del desengaño y de la angustia, en el amanecer de
[la esperanza,
¡qué prosa la que el peregrino Bayoán hablara!

Un día ese gran amor de ojos abiertos y de sienes iluminadas
llegó donde Eugenio María. Tornasolado, el Avila.
¡Sonriente Caracas!
¡Ah mundo en flor! Escribía: "En aquellos momentos
[se me lisonjeaba...
"Era yo el representante más activo de las Antillas, que aún
[necesitaban
hombres como yo. Se festejaba a la patria
en mi persona, y los puertorriqueños me recibían como la
[encarnación de su esperanza,
y los cubanos me recibían como al que su patria agradecida
[recordaba.
Entre los que conocí aquella noche estaba
el padre de Inda. Por el traje negligente, por las calurosas
[palabras,
por la vehemencia con que acentuaba
mis opiniones, conocí en él un emigrado y un patriota. Me gustaba
dirigirle la palabra,
porque la recibía con calor de corazón". Así hablaba.

Como Bayoán a Marién, así conoció él a Inda. Su delicadeza
[cautivaba.
"Parecía transparente". Un sol desde sus adentros irradiaba.
Aquella aparición inesperada
objeto de su reflexión en el insomnio de su emoción inopinada
desde entonces lo llenaba y lo desbordaba.

¡En qué prosa de encanto dirá su íntima página!
¡Jamás amor de hombre más bellamente se prosara!

Fué su vida una voluntad tendida hacia
la verdad. Con la verdad pensaba
y fué dueño de tanta
que la noche del tiempo traspasara.

Entre dos Siglos, de pie, a ver alcanza
más allá de las letras y las armas.
Nos mira ahora. Nos ve después. Nos ama
y nos enseña y nos proclama
la verdad más redentora y exacta.
A todos ama y para todos quiere la felicidad y la esperanza.
Propiedad para todos en la patria.
Trabajo para todos; y para los niños, los enfermos, los ancianos, (holganza.
Producción y consumo para todos. ¡Alabanza
A este veedor de las largas distancias!
¡Alabanza para Eugenio María de Hostos! ¡Alabanza!
¡Alabanza para la patria y los pueblos en cuyas necesidades [se fundara!
¡Alabanza para los hijos de su larga mirada!

En Jayuya hay un monte trino y otro que lo sobrepasa.
Allí el Valle de Coabey pinta tomates y abre sus casas.

¡Esta es la Tierra de los Muertos, según la leyenda indiana!

Cuando en las alturas huyen las nubes como torcaces retrasadas,
sus sombras huidizas cruzan el Valle como fantasmas.

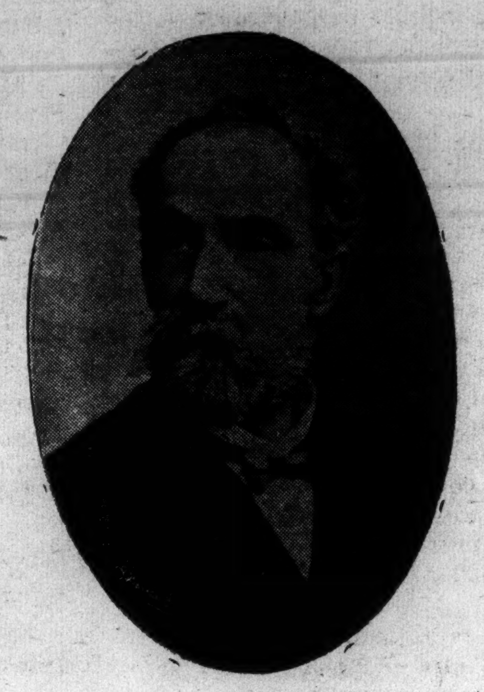
Pero el monte inmenso no pasa.

En el crepúsculo los grises, los dorados y los malvas
atenúanse y adelgazan y la gran sombra se los traga.

Pero el monte inmenso no pasa.

En Coabey hay un río que corre, y corre y corre, y nunca pasa.

En Coabey hay un monte inmenso en la inmensidad de la [montaña
y hay en Coabey un claro río que salta y ríe con pícaras aguas.
Un hombre un día miró este monte y el mismo día miró [estas aguas.
En lo inamovible y en lo fugaz vió la perdurabilidad enlazada.
Como el monte pensó, y se queda. Como el agua rió, y no pasa,
El vió una sombra galopante. Algunas sombras palicaban.
Hacia un lejano sol, riendo, hacia un lejano sol, marchaba.



Eugenio Mª de Hostos

×

Por Coabey pasan muchas sombras. Estas pasan. Pero él no pasa.

De ayer venimos hasta hoy. Ya el trimotor vuela al mañana.
Y el avión proyecta su sombra sobre la tórrida montaña.

Por Coabey ha pasado esta sombra en el frío de la madrugada.
¡Y todos vamos con aquél que hacia un lejano sol marchaba!

VIII. LUEGO

Cuando ya había visto estas páginas
el día era muerto. Un riego de estrellas fulguraba
sobre Ciales. Algunos niños corrían por la plaza.
Volvía a guardarse en su pequeño sitio mi larga mirada.
Pero mi sangre había quedado iluminada,
y la campana, que ahora alegremente repicaba,
me ceñía a las sienes una gran alabanza.
Una alabanza de martillos entusiastas,
de plumas y de azadas,
de frescos ríos en cordial llanada
y árboles nuevos en la fiel montaña.
Y ya el jíbaro hondo que adentro me canta

Guaynabo.
Puerto Rico. 1951-52.

×

Vocabulario

Agüeybana: cacique que se alzó contra los españoles.
Albayaldes: diminuto insecto cuya picada es muy ardorosa. Crece en los troncos de los cafetos.
Asomante: cerro entre Cayey y Aibonito. Ultima trinchera de España en América.
Ausubo: árbol autóctono, de madera muy dura y color obscuro rojizo.
Bagú: en el idioma de nuestros indios, el mar.
Balbas: riachuelo y cascada en el barrio Frontón, de Ciales.
Bayoán: indio de Borinquen que dudó de la inmortalidad de los españoles y la puso a prueba.
Behique: maestro, sacerdote; palabra india.
Berengena cimarrona: planta que produce una fruta amarilla y ovalada. Es venenosa.
Betances: Padre de la patria puertorriqueña.
Bongó: tambor criollo, de origen africano.
Bordonúa: variedad de la guitarra.
Cabo Rojo: Pueblo al oeste de Puerto Rico. Cuna de Betances.
Caparra: primera población fundada por Ponce de León.
Carimbo: instrumento con que se marcaba a los esclavos.
Carraos: un pájaro.
Cemí: Dios; palabra india.
Ciales: pueblo natal del autor.
Comerío: pueblo en el centro del país.
Conuco: plantío; palabra india.
Coquíes: pequeña ranita.
Credibile est illi numen inesse loco: verso de Ovidio.
Cuatro: instrumento de cuerdas.
Changos: pájaros negros.
Dita de guineos: dita-plato jíbaro, hecho de la corteza de la fruta de la higuera; guineo, variedad de plátano.
El Morro: Castillo en San Juan.
"El dió una sombra galopante": Alusión al drama de Canales, *El Héroe Galopante.*
Fogón: hogar.
Frasquito Oller: gran pintor puertorriqueño.
Gautier: José Gautier Benítez, gran poeta patrio.
Guabal: bosque de guabas.
Guabas: árboles.
Guajataca: río de preciosa desembocadura.
Guarionex: Jefe indio, héroe de la guerra indoespañola.
Guaraguao: ave de rapiña.
Guayaba: fruta.
Guaynabo: pueblo aledaño a la capital.
Güícharo: instrumento musical indio.
Gutiérrez: compositor puertorriqueño y organista del siglo XIX.
Hacia un lejano sol, novela de Nemesio R. Canales.
Hormigueros: pueblo natal de Ruiz Belvis.
Humacao: ciudad en la costa oriental de Puerto Rico.
Incahieque: aldea.
Inda: diminutivo familiar de la esposa de De Hostos.
Informe: se refiere al famoso Informe contra la esclavitud, redactado por Ruiz Belvis.
Iñigo Abbad: autor de la *Historia General y Geográfica de Puerto Rico.*
Jájome: Barrio entre Cayey y Guayama.
José Campeche: primer pintor puertorriqueño. (Siglo XVIII).

Juan de Castellanos: Historiador y poeta, autor de las famosas *Elegías de Varones Ilustres de Indias*.
Juan Morel Campos: el más insigne músico puertorriqueño.
Juan Ponce: Juan Ponce de León.
Lares: población en el centro del país, cuna de la República en 1868.
Lerenes: pequeño y sabroso tubérculo.
Luis Pane: autor de la *Historia de los Aruacas*.
Majaguas: planta.
Malangal: de malanga, un tubérculo.
Marías: nombre de un árbol.
Marién: Heroína de la novela de Hostos *La peregrinación de Bayoán*.
Martinete: ave acuática.
Mayagüez: Ciudad en la costa oeste del país.
Mazamorra: es una enfermedad producida por la humedad a los trabajadores descalzos.
Ortegón: árbol de durísima madera.
Oubao-Moin: isla de sangre.
Pájaro-bobo: como se ve, un ave.
Palicaban: "Algunas sombras palicaban". Alusión a la obra *Paliques*, de Canales.
Peronía: semilla ornamental, mitad roja, mitad negra.
Picachos de Jayuya: macizo orográfico cercano al pueblo de ese nombre.
Pitirre: es a la vez la alondra y el pájaro-héroe de Puerto Rico.
Ponce: ciudad puertorriqueña, en la costa sur.
Proclamas: se refiere a las Proclamas libertadoras e insurrecionales de Betances.
Reinamoras: pajarillos del país.
Río de Loíza: como dice el poema, "el más grande río de la patria".
Ruiz Belvis: patricio puertorriqueño.
Salinas: pueblo al sur del país.
San Pío: momia romana en la Catedral en San Juan.
Tabonuco: árbol de cuya resina, olorosa como el incienso, se hace una antorcha de larga duración.
Toa Bajo: pueblo en la costa norte.
Torres Vargas: primer cronista puertorriqueño.
"Un hombre un día miró este monte": Alude a Nemesio R. Canales.
Valle del Coabey: Valle en Jayuya, al pie de los Picachos y El Puntita, los picos más altos del país. En indio, Coabey significa tierra de los muertos. Aquí nació Nemesio R. Canales, escritor, precursor del pensamiento socialista entre los intelectuales puertorriqueños.
Vieques: isla puertorriqueña al oriente del país.
Villalba: pueblo en la vertiente sur.
Virgen de Borinquen: Precioso cuento de Betances.
Yaboas: nombre de un pájaro.
Yabucoa: pueblo en la costa oriental.
Yagrumo: un árbol.
Yuca: raíz de la que hacían los indios su pan, el casabe.

Crónica literaria

(*Viene de la pág.* 344)

to de chicharras". (Páginas 24-25).

Y este otro soberbio trozo que sugiere la sensación de la hora de queda: "No sé por qué la hora de queda en la ciudad siempre ha tenido fama de solemne. Es una hora que se palpa, que se adivina, como diluída en el aire. Yo, al menos, la recuerdo con emoción. Aun al cabo de los años, me veo sumido en su ambiente gris, opaco, húmedo. Me veo envuelto en su penumbra y en su silencio. En mis oídos palpitan rumores de rezos y de pasos de procesiones, leves, un poco fantasmas. Un escalofrío raro me obliga a cerrar los ojos. Hacia el fondo indefinido, aparece la figura de una muchacha llamada Ofelia y a quien veía pasar frente a mi ventana a la hora del Angelus. Pasaba y se sonreía con sonrisa casi muerta. Caminaba como dentro del claroscuro de un espejo y desaparecía. El día que murió pasó como siempre y me sonrió con su misma sonrisa. Cuando refiero esto nadie me cree, pero es verdad. A mí me han sucedido cosas de esta especie. Y no hay nada más que hablar". (Página 157).

Abreu Gómez consigue graduar las sensaciones desde un tono irreal, fantasmagórico, poblado por alucinadas imágenes en que su fantasía vierte sus mejores matices, hasta otros planos expresivos. Aquí el colorido y la metáfora pintoresca asumen toda su crudeza, como en la estampa de don Catrín; de esperpéntico desgarro: "Este don Catrín era pequeñito de cuerpo, casi contrahecho. La cabeza grandota le oscilaba sobre el cuello; los ojillos, saltones, los detenía en sus órbitas, gracias a unos espejuelos como aisladores de piano, que cacalgaban sobre el caballete de la nariz. Esta se veía hinchada por el alcohol; él decía que por el frío, cosa increíble en aquellas latitudes. Sus mejillas, de tan fláccidas, dejaban ver el hueco de las muelas idas. Sus orejas, arratonadas, tenían pelusa en las extremidades. Vestía de modo eclesiástico —chaqueta larga, con faldones de vuelo—. Usaba borceguíes de charol, que limpiaba con nata de leche, receta de su abuela, que en paz descanse. Llevaba bastón con puño de marfil —buena imitación—. Era hueso de jabalí que otros llaman puerco del monte. No olvidaba los guantes, de color de aceituna con ribetes negros. Hablaba, mirando al suelo y nunca los ponía los ojos en los de su interlocutor. Babeaba al hablar. No mucho; la verdad es la verdad". (Página 92).

Mucho más podríamos espigar en *Naufragio de Indios*, complemento de esas pequeñas obras maestras que son los *Cuentos de Juan Pirulero* y *Héroes Mayas*. Aquí la recreación poética del ambiente de Mérida cobra una plenitud que nunca deja traslucir el esfuerzo de su autor, maestro en recordar y animar los recuerdos después con aire actual y lúcido de auténtico novelista. Esa maravillosa y cándida alma de niño. Guy, ese admirable y sufrido Canek, que descubre los secretos del alma maya, tendrán ahora compañía digna en personajes tan humanos, como la niña Hortensia, el romántico Carlos y el fervoroso Padre Avila de tan yucateca y mexicana prosapia como sus anteriores creaciones. En *Naufragio de Indios*, la novela mexicana alcanza uno de los mejores instantes de su evolución moderna, sin perder el contacto de lo meramente social, pero superándolo con la atrevida técnica de Abreu Gómez.

R. A. L.

Santiago de Chile, 1951.

Concurso de Poesía "Pedro Salinas"

ATENEO ESPAÑOL DE MEXICO

(Sección de Literatura)

La Sección de Literatura del Ateneo Español de México convoca a un Concurso de Poesía, dedicado a la memoria del gran poeta Pedro Salinas, entre escritores de habla española, con arreglo a las siguientes bases:

1º—Los trabajos serán de asunto y forma libres, originales e inéditos. Podrán consistir en un poema único o en una colección de poemas cortos.

2º—Los trabajos tendrán una extensión máxima total de cinco cuartillas, escritas a máquina a doble espacio, ya consten de uno o de varios poemas.

3º—Cada concursante enviará su original sin firma, en un sobre cerrado, en el que inscribirá un lema y el título del poema. En otro sobre, cerrado también y bajo el mismo lema, pero sin el título del poema, remitirá una cuartilla en la que figure el nombre y domicilio del autor. Estos documentos se dirigirán a la Secretaría General del Ateneo Español de México, Av. Morelos 26, México, D. F.

4º—El plazo de admisión de los poemas comprende desde el día 1º de junio hasta el día 31 de agosto de 1952, ambos inclusive.

5—El jurado encargado de leer y calificar los poemas que se envíen al Concurso, estará formado por los ilustres literatos señores Juan José Domenchina, Antonio Espina y Florentino Torner.

6º—El autor del mejor poema o colección de poemas recibirá un premio de . . . $ 500.000 (quinientos pesos).

7º—No se devolverán los originales no premiados. El Ateneo Español de México gestionará la publicación del o los poemas premiados en una revista de amplia difusión en los medios literarios.

México, D. F., mayo de 1952.

Perfil en el aire
José Moreno Villa

Colaboración de *TRIGUEROS de LEON*

La imagen que guardaba yo de Moreno Villa es la de aquel hombre que está en una calle de Madrid —sombrero de faja ancha, cigarrillo en la mano—, mientras en el fondo se desdibujan unas almenadas torres. Viste sin el desenfado de otros poetas. Bien puede ser un médico que va a visitar a sus enfermos o un químico que acaba de salir de su laboratorio, después de haber estado largas horas entre microscopios y matraces.

Ahora, aquí en México, he visto a otro Moreno Villa, más poeta en el semblante que aquel de Madrid. Más reveladoras sus facciones. Los años han acentuado "los montoncitos de ceniza de su pelo goethiano". Leves surcos de tiempo cruzan su frente. Es una cabeza para ser dibujada, en permanente equilibrio.

Se me ocurre, de pronto, preguntarle por *Jacinta la pelirroja* e ir adentrándome en los recuerdos de su poesía de ayer, la de Garbas, Carambas, Luchas de Pena y Alegría. Hablar con un poeta es descubrir voces que escapan a todo escrito. Los versos nos revelan algo; pero siempre dejan oculta una raíz, fondo secreto de todo poema. La palabra que dura un instante y se hace y rehace en la charla, es el mejor testimonio del sentir y del pensar.

Así, de viva voz, he ido recogiendo estos perfiles y algo queda en ellos de lo no revelado por el artista cuando éste escribe y piensa en su oficio, en el material con que trabaja, en las cosas sometidas a un rigor. Fluyen las ideas abiertas como un río y se quedan manando siempre, encaminadas hacia un fin que pueden alcanzar o no.

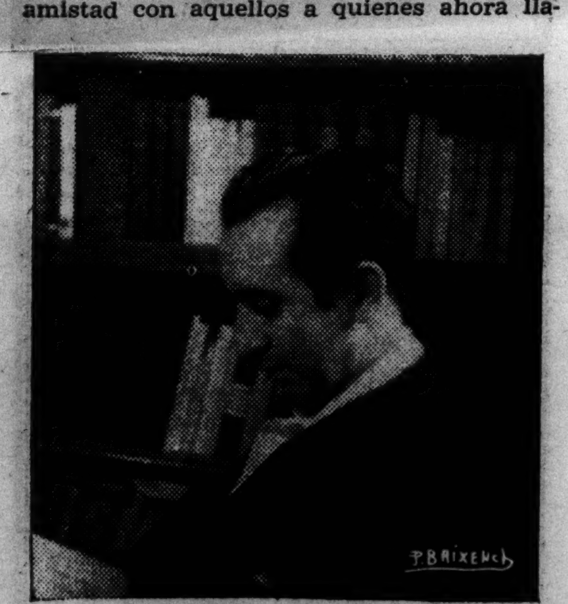
La mejor presencia de alguien es la que se tiene en contacto directo, cuando las palabras provocan otras y se alcanzan, chocan y entremezclan en su curso.

Así, en ese ir y venir de la conversación, Moreno Villa me dice:

—Llegué a México el día de la Madre, del año treinta y siete, cuando florecen las jacarandas, en plena primavera que es lluviosa. Desde entonces vivo en este país acogedor, dedicado a mis labores literarias.

—En *Vida en Claro* algo ha dicho usted acerca de sus primeras relaciones con la gente de letras que vive en esta tierra.

—Sí. Relato mi llegada y hablo de mi amistad con aquellos a quienes ahora llamo remeros del espacio. Este libro —*Vidas en Claro*— es una obra global que abarca toda mi vida; pero yo creo que podría ir ampliando ciertos capítulos o aspectos que no han sido tratados extensamente. Ahora estoy publicando, en el suplemento de *Novedades*, lo que llamo *Memorias revueltas*, que será una prolongación de *Vida en Claro*.



Trigueros de León

(1950)

—¿Y sus *Autores como Actores?*

—Entre *Vida en Claro* y las *Memorias Revueltas* he escrito y publicado ese libro. El primer ensayo se ocupa mucho de los escritores españoles del 98, no bajo el aspecto literario precisamente, sino como seres humanos en acción, en la vida. Las figuras que ocupan mi atención han sido, desde luego, Unamuno, Baroja, Azorín, Ortega, los Machado.

El capítulo más importante y a juicio de los críticos, más certero, es el estudio de Manuel Machado: "La manolería y el cambio".

—Entre sus recuerdos, ¿cuáles son las notas más originales acerca de algunos autores?

—He dicho en mi último libro que Unamuño no se reía nunca. Alguien me ha objetado que se reía a carcajadas; pero yo creo que esa era una risa sarcástica y privada, porque nunca le vi reír, en verdad. De la experiencia que hayan tenido otros no respondo, sino de la mía. Así como Unamundo era el discutidor, los Machado no discutían, asentían.

—Poesía de ayer, de hoy, de mañana, podría titularse un fragmento de esta entrevista, en el que usted hablaría de su labor poética, a través de los años.

—No he tenido propósito ni línea directriz en mi poesía, ni me he fijado en la política literaria. Si he coincidido con lo anterior a mí y lo posterior, ha sido por influencias del ambiente, ajenas a mi voluntad. En mi producción, tanto de verso como de prosa, trabajo pensando, cada mañana, que empiezo a escribir, que no he escrito nada antes. Esto quizá sea lo que imprima cierta frescura a mis obras y que algunos críticos de arte descubren también en mi pintura. Ahora bien, de estos últimos años, y mirando a los tiempos de juventud, noto que hay una gran diferencia entre el estado espiritual con que escribí los primeros libros y los de hoy. Ahora digo, en uno de los últimos poemas, "...y no quiero más lágrimas, si no son como estrellas". Esta simple frase indica que en casi todos los libros anteriores ha habido lágrimas, aunque en algunos están veladas por la ironía o el sarcasmo, como en *Carambas, Jacinta la pelirroja*, en *Salón sin Muros* y en *Puentes que no acaban*.

Recientemente, Luis Cernuda, acusándome recibo de mi primera Antología Poética —llamémosle grande por abarcar casi toda la obra— me escribe lo siguiente: "He estado leyendo la primera sección de su libro" —que cronológicamente es la última— "y ahora veo mejor que antes una característica de usted, de su persona y de su trabajo, que antes no veía... Y es cierta forma irónica de la heroicidad: Echarse las penas a cuestas y decirse: adelante, que no son tan pesadas como cuentan, y aun puedo yo con más".



José Moreno Villa

(1950)

✕

—¿Sus proyectos de Poesía?

—Yo produzco por etapas. Hay épocas en que no escribo versos; otras, en que los poemas salen con tal apremio que casi diría no tengo tiempo para escribirlos. No puedo explicar a qué se debe; pero desde luego a situaciones y a circunstancias de la vida. Las circunstancias operan mucho en mí. Lo mismo me pasa con la pintura. Puedo decir, en resumen, que no tengo proyectos, ni los he tenido en la vida para nada. Las cosas se realizan a merced del tiempo.

—Dejemos la pluma, para tomar el pincel. Pecarían de incompletas estas impresiones si no figurara, en ellas, la pintura de usted.

—He dibujado desde chico; pero antes del año veinticuatro apenas si pinté al óleo tres o cuatro lienzos. Desde el veinticuatro, sí, mi trabajo ha sido continuado, aunque con paradas, de cuando en cuando. La venida a América y la radicación en México, por el desastre español, me obligaron a poner en movimiento, con más esfuerzo, las facultades de que disponía y desde luego he pintado aquí mucho más que en España.

Comencé exponiendo dibujos de guerra el año treinta y siete, en el Palacio de Bellas Artes. Mi segunda exposición fué en la Galería que abrió la Universidad en la Calle de Dolores. Después hice tres en las Galerías de Inés Amor, Calles de Prim y Milán y la última acabo de hacerla en el Ateneo Español de México.

He pintado más de cuarenta retratos al óleo y en cuanto a composiciones, son muy variadas, aunque siempre de carácter imaginativo, aun tratándose de flores o de paisajes. Compongo con los elementos que me vienen a la imaginación, en el momento, ya sean los signos del zodíaco o las peripecias de Don Quijote en el mundo actual.

—Sumamente interesantes son los trabajos que usted ha publicado acerca de pintores, especialmente españoles.

—De los pintores españoles antiguos he escrito bastante. A Velázquez le dediqué un librito, hace años, y luego muchos artículos en periódicos. Siempre será un punto de referencia, como lo es también Goya. Cuando me ocupo de estudiar las posturas de los retratos o la expresión anímica, en

mis estudios divulgadores, siempre relacionando con las obras de ellos las obras de los demás pintores históricos para hacer resaltar las diferencias.

—Le ha apasionado especialmente el Greco, ¿no es así?

—Hablar del Greco en pocas palabras resulta imposible; pero sí debo decir que sus muchos aspectos han ocupado mi atención, durante largos años, y lo considero como el que verdaderamente trajo a España la flor de la pintura, lo sabroso y jugoso del color veneciano. Bajo este aspecto, me sigue interesante todavía. En lo que ya no le sigo es en su "manierismo" (alargamiento o retorcimiento de las formas) que sirvió para que los tratadistas de arte hablaran de su misticismo, de su alma llameante.

—¿Y la pintura de Goya?

—De Goya, ¿qué voy a decirle, si no que es Don Paco?, es decir, el pintor de brillo popular, aunque Ortega y Gasset no lo crea: El que Goya, rudo, aldeano, se encontrase un día muy a gusto pintando y viviendo entre aristócratas no indica que careciese de alma popular. Su brillo indomeñable no le viene por ninguna vena aristocrática. Yo siento gran admiración por Don Paco, en muchas de sus obras, tanto litográficas como pictóricas, por su fuerte inventiva y por dar en el clavo.

—Como crítico de arte han de preocuparle mucho a usted las manifestaciones contemporáneas de las artes plásticas.

—De la pintura contemporánea yo creo que Francia lleva la batuta en lo que va de siglo. Ningún país puede presentar, como ella, una fila de nombres importantes que haya influído en el resto del mundo artístico: Cezánne, Matisse, Gauguin, Braque, Rouault y los españoles adheridos a la escuela francesa, Picasso, Miró, Dalí; el italiano Chirico y los centroeuropeos Klee y Kandinsky. Todo el movimiento pictórico moderno tiene para mí el interés de la inconformidad con lo existente, sea por la vía de la abstracción, de la invención arquitectónica o la imaginación con elementos poéticos.

—Para cerrar nuestra charla, hemos de volver a las letras, hablando del ensayo como labor literaria.

—El ensayo me parece que ha sido el peor enemigo de la Literatura; de lo que venía entendiéndose por Literatura, antes de que los filósofos se metieran en nuestro campo. Cuando Ortega y Gasset no habían publicado más que uno o dos libros, recuerdo haberle dicho en Zumaya, una tarde de verano: "Usted, con el influjo suyo, va a acabar con lo puramente literario. Vamos a tener más ensayistas que hormigas". Y así ha sido. Muchos de los que hubieran escrito cuentos, narraciones, o lo que sea, se han dedicado después a razonar sobre lo divino y lo humano. Esto no quiere decir nada en contra del ensayo como género, que me parece de gran interés, si no del fenómeno social operado por las grandes figuras que lo cultivan.

Tales fueron las opiniones de José Moreno Villa, dadas en una charla llena de amenidad, mantenida por un constante interés. El ambiente era propicio. Caía ya la tarde en las lomas de Chapultepec, mientras una lluvia fina, pertinaz, daba cierto aire de melancolía al paisaje. Un rayo de sol, como lanceta de oro, entró de pronto por la abierta ventana y vino a posarse en la biblioteca. Resplandecieron los tejuelos de los libros y brillaron, ardiendo en su propia luz, los nombres de Cervantes, Shakespeare, Calderón, Moliére...

En los ojos de Moreno Villa ardía también una luz, delgada y misteriosa.

San Salvador, El Salvador. 1952.

De los lectores

San José de C. Rica, setiembre 16 del 52

Señor
J. García Monge,
Director de *Repertorio Americano*.
Ciudad.

Querido don Joaquín:

Imitando una vieja costumbre entre lectores de muchas revistas, por ejemplo: *Life*, que en una frase expresan crítica o simpatía sobre los asuntos que ellas públican, le remito este breve comentario acerca de la colaboración que *Repertorio* tiene del escritor español don Víctor Lorz, radicado entre nosotros.

Una labor tan apreciable como la que él viene exaltando con tanto brío y acierto, merece el aplauso, siquiera sea de quienes, como el suscrito, no pasan de ser eternos estudiantes y atentos observadores.

A través de "Ocios Mentales" se advierte azote para filisteos de esta y otras tierras de aflicción; Luz y Verbo al estilo gallardo de un Montalvo. Frente a la época en que estamos, en que otra vez *"con la Iglesia hemos dado, Sancho amigo"* y para decirlo con el magnífico Picón Salas, "hasta los Estados modernos se constituyen en régulos espirituales de la Humanidad", estudios y ensayos como los del admirado don Víctor se hacen indispensables.

Y agradeciéndole anticipadamente la publicación de lo expuesto, que es a su vez, un sentimiento de justicia para el escritor que aquí vive, lo saluda su viejo y cordial amigo,

Jorge CARDONA.

Testimonio

Pondichery 20-5-52.

To
The Editor,
Repertorio Americano,
San Jose, Costa Rica.

Dear Sir,

We are happy to receive from a friend a copy of your Journal dated Martes 15 *de Enero* (*Nº* 13 *Tomo XLVII*). *May we draw your attention to an inaccurate statement on page* 216 (*in the article* "Sri Aurobindo, el 'Santo de Pondichery', ha muerto) *that the Sri Aurobindo University Centre is going to be* established at Pondicherry. *In fact some sections of the Centre have already started working. Would you please add a suitable Note of correction in your next issue?*

We are sending you, under separate cover, some papers connected with this University Centre along will two issues of the Quarterlies issued from here. We should be happy to exchange these quarterlies with your Journal. Kindly let us know.

With cordial greetings,
Yours sincerely,

NOLINI KANTA GUPTA

Secretary,
Sri Aurobindo Asram
Pondicherry.

La vieja noria

Colaboración de *Fedro GUILLEN*

De pronto, el acosado hombre de hoy parece un despistado, uno de esos que extraviados en la jungla describen círculos y círculos, sin encontrar nunca salida. O algo peor aún; hay quienes recuerdan la imagen del antepasado chimpancé de los zoológicos, que se pasa inerte tras una reja, espectador melancólico del mundo, pendiente únicamente de atragantarse de bananas.

Y es que vivir, como función orgánica, no tiene más problemas que los contratiempos de la leal máquina humana. Pero entender para qué se vive y encontrarle sentido y misión a nuestro terco destino, ya es cosa de muchos bemoles. Sobre todo en tiempos actuales empecinados en apagar un día u otro, todo lo que el pobre hombre ha venido construyendo desde los bíblicos días del Génesis.

Quiere hacer algo el hombre por sus semejantes, fiel a la más evangélica consigna, y se levanta a su alrededor una hoguera de palabras. Es la era de la jerigonza. De todas partes la voz obstinada de un fantasmagórico fiscal inquiere: "y usted, ¿de cuál partido es? ¿Cuál es el color de sus ideas? Con quién simpatiza, ...¿tirios o troyanos?"

Y cada palabra o cada acción humanas se miden y sopesan detectivescamente y al atrevido que irrumpe la plaza pública, antes de oírlo y de saber lo que se propone, se le clava un alfiler en la espalda y se le prende clasificado, como coleóptero.

¡Cuánta razón asistía a don Manuel de Unamuno, cuando se enfurecía ante tal criterio de archivista! Y eso que ya no le tocó contemplar esta manía persecutoria de hacinarlo a uno en bandos. (Lo anterior no condena la natural existencia del partido político).

Es la era del bando que ha sofisticado a la realidad y que ha disuelto el valor individual reduciendo al hombre a unidad abstracta, a ficha de archivo. Y a quien intente enarbolar su intransferible personalidad y no esté dispuesto a hacer concesiones que no se avengan con su conciencia, se le llama —en el mejor de los casos —egoísta. O falto de "visión" (¡Qué diantre, no todos tienen obligación de ser animales políticos, que dijera el filósofo!

Han teñido la atmósfera con resplandores amenazantes, hay predicadores, a sueldo, del juicio final. Por eso la boga de un clorótico profesor que abandonó sus clases en un liceo de París para intoxicar a sus discípulos con una filosofía derrotista: el existencialismo.

Por eso la boga de una literatura oficial, que en vez de dar alas para elevarse, escamotea hábilmente la luz y el oxígeno del mundo, tratando de convencer al lector de que lo mejor que puede sucederle es encontrar un buen árbol para colgarse, o bien sobornar al boticario en turno para que le haga el servicio de una porción de cianuro de potasio.

Por eso la boga del ciudadano espiritualmente artrítico que aquí y allá, y en todas partes, goza enlutando la vida con malos augurios y con toda clase de especies destructivas, cual avechucho nocturno que esparce escalofríos donde canta.

Pero no. No todos están uncidos a esa vieja y chirriante noria.

Hay una congregación de hombres libres que ni dan vueltas y vueltas como el perdido en la jungla —o como el caballo de la noria— ni imitan al chimpancé apresado en su paraíso de bananas.

No es un partido con marbete eufónico, con mesa directiva, con flamantes estatutos. Es, sí, una conciencia alerta regada por el mundo y que reconoce como suyos los más caros ideales del hombre.

Es una anfictionía de espíritus, un vasto archipiélago de almas.

Ni siquiera se conocen unos a otros y no habría posibilidad de reunir o registrar a los socios. Pero en todos los tiempos, luminosos y oscuros, mientras los facciosos disputan y ambicionan, aquéllos han estado del lado de la grandeza y de la belleza de la vida. Y de la alegría creadora, encontrando signos promisorios hasta en las tinieblas que a veces ensombrecen el mundo.

Ahí, en donde hay acciones heroicas, progresistas y genuinamente revolucionarias en bien del hombre, de ese hombre anónimo, náufrago entre abigarradas teorías que lo bambolean de un lado a otro, y que lo único que desea es un poco de paz, de pan y de luz, ahí ondea la bandera —sin insignias— de esta universal congregación.

Y hoy, una vez más, estas voces fieles a Ariel salvarán al mundo.

Nueva Guatemala, junio de 1952.

Infórmense y contesten:

Montevideo, Set. 21, 1952.

Señor J. García Monge.
De mi consideración:

Encontrándome en la tarea de organizar un Club Internacional de Correspondencia, le agradecería tuviera la gentileza de dar una breve información sobre el asunto en su interesante Repertorio Americano.

A las personas que deseen participar, se les ruega enviar datos personales: profesión, edad, físico, gustos, etc., y mandar las cartas por avión, dirigidas a:

Casilla de Correo 1329 *—Montevideo, Uruguay—* *(sin mi nombre).*

Esperando disculpe la molesita que pueda causarle, saludo a usted con toda deferencia.

María Elena GARET.

(Casilla de Correo 1329).

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA IBEROAMERICANA

Teléfono 3754
Correos: Letra X
J. García Monge
En Costa Rica:
EDITOR
Susc. anual: ₡ 18.00

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.
El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.
"Bárbaros, las ideas no se matan", repitió Sarmiento
Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera.—Bolívar

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares
Giro bancario cobrable en los EE. UU.

Noticia de libros

Indice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

La Imprenta y Librería LEHMANN, en esta ciudad, en todo tiempo ha contribuído a la cultura de los maestros; acaba de entregarles estas dos obras útiles:

Album de Canciones y Música Costaricense (e *Himnos de Centro América*).

Para uso de Escuelas y Colegios.

Editados por *Alcides Prado Q.*

Precio del ejemplar: ₡ 2.00.

Los nombres vulgares en la Fauna Costarricense.

Por *Rómulo Valerio R.*, Profesor de Biología en el Instituto de Alajuela.

(Edición revisada).

Precio del ejemplar: ₡ 3.50.

* *

En un folleto: *Panoramas de antaño.*

(San Antonio de los Baños en el siglo XIX).

Por los doctores Julián Vivanco, Francisco Pérez de la Riva, Rodolfo Tro Pérez y Rosario De Cárdenas de Pérez de la Riva. Habana. 1951.

(Atención del Dr. J. Vivanco).

* *

Obsequio de Rita C. de Howell, en Buenos Aires, julio 11 de 1951:

D. F. Sarmiento: *Recuerdos de Provincias.* Editorial Sopena.

Gracias. Un tesoro. Empastado con primor en cuero. ¡Cómo lo estimaremos! Saboreamos de por vida la devoción creadora a Sarmiento.

* *

Llamamos la atención a las Ediciones ESPIRAL, Colombia.

Trabajan con elegancia y excelencia en los textos. Sirven admirablemente a los autores de Colombia.

Nos llegan estos títulos:

Luis Alberto Acuña: *Refranero colombiano.*

(1.000 refranes). Caso ejemplar.

Clemente Airó: *Sombras al sol.*

Novela. Problemas psicológicos y sociales.

De los buenos creadores de la imaginación.

Octavio Amórtegui: *Escrito en la arena.*

Versos finos, sugestivos. Caracol, arena, mar...

Carlos Delgado Nieto: *El hombre puede salvarse.*

Es una novela. Climax novelístico propio, muy nuestro, latinoamericano, en carácter y delineamientos humanos y telúricos.

Alberto Dow: *La sangre petrificada. El Diablo, el Angel y la Mujer.*

Son dos obras: una tragedia, la primera; y una farsa moderna en tres actos, la segunda.

Ni rebuscamiento ni exageraciones declamatorias.

Rafael Maya: *Tiempo de luz.*

En verso. ¡Y qué poeta!

Jaime Tello: *Geometría del espacio.* Poemas. (1937-1948).

"La poesía es la geometría por excelencia", según Lautréamont.

Maruja Vieira: *Los poemas de enero.*

("el goce de los sentidos en contacto con el mundo")

("Asombro y emoción").

* *

Distribuídos por *Cuadernos Americanos*, México, D. F.:

Jorge Adalberto Vázquez: *Voz en el Viento.* Poemas. 1950. México, D. F.

Guía: I. Academia Potosina de Artes y Ciencias.

* *

Qué bien trabaja la Editorial del Ministerio de Educación Pública de Guatemala, Centro América.

Imprime y distribuye libros como éste (en la Colección Contemporánea, Nº 20 de "El Libro de Guatemala"):

Celestino Herrera Frimont:

Palma sola. Cuentos del camino. 1951. Con una nota de presentación por Rafael Arévalo Martínez, quien habla claro y bien.

El autor, mexicano; con una abuela tarasca y una abuela huasteca. En sus *Cuentos*: motivos guatemaltecos y salvadoreños. Nos fijamos en las ilustraciones.

Copiemos:

"...drama y lucha en la tierra del petróleo. Paisajes y ritos de Guatemala; el lago, la selva y el bananal captados por una pluma de hondo sentido humano".

* *

Roberto Esquenazi Mayo: *Memorias de un estudiante soldado.* Editado por la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación. La Habana. Cuba. 1951.

Comentan y aplauden este relato: Aureliano Sánchez Arango. Germán Arciniegas y Andrés Iduarte.

Lector amigo: lo invitamos a leerlo.

Es muy sincero, lo ha vivido el autor y sabe narrarlo.

* *

Gabriel Segundo Basper: *Misioneras.* Novela. Caracas. 1951.

* *

Jorge Gaitán Durán: *Asombro.* Colección Nuevo Mundo. París.

Con el autor: 2 Rue de la Mairie. Bagneux. Seine. París.

* *

Diana Navas: *Sonetos y otros poemas.* Caracas. 1950.

Señalamos, lo vamos a reproducir: *Niños del mundo.* Marcado también: *Grito.*

Con la autora: Avenida Orinoco. "Sakuntala".

Bello Monte. Caracas. Venezuela.

* *

Félix Franco Oppenheimer: *El hombre y su angustia.* (1945-1950). Poemas. Editorial Yaurel. Río Piedras.

Puerto Rico. 1950.

El Prólogo es de Luis Pales Matos, con autoridad para hacerlo.

"Recomiendo al lector el poema *Quise, Señor...* que es obra de la más pura, alta y noble jerarquía donde el alma del poeta se nos revela en toda su humildad y bondadosa desnudez".

De un salto, con este libro el autor ha cogido sitio entre los primeros poetas líricos de Puerto Rico.

Señas del autor: Universidad de Puerto Rico. Apartado 80. Río Piedras.

* *

Angel Modesto Paredes: *La Europa atormentada.* Interpretación sociológica. Edición de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito. 1951.

Busca el autor la clave del porvenir del Occidente. Revisa la historia, explica.

Hay mucho donde aprender. Véase el Indice: En la ruta del interamericano, El país helvético, Italia, Roma.

* *

Víctor Manuel Albornoz: *Alfonso Moreno Mora.* El poeta exilado en el ensueño y el recuerdo. Cuenca. Ecuador. 1951.

El autor es un admirable crítico y biógrafo ecuatoriano. Es historiador con ideal. Como poeta comprende y estudia al gran poeta ecuatoriano Alfonso Moreno Mora.

* *

Lic. Manuel Norberto Vetancourt: *Breviario del Diplomático.* Tip. Garrido. Caracas. 1946.

El autor es de la Carrera Diplomática y Consular de Venezuela. Está muy bien informado y explica muy bien las cosas. Gracias le damos por la atención del envío.

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA IBEROAMERICANA

Teléfono 3754
Correos: Letra X
J. García Monge
En Costa Rica:
EDITOR
Susc. anual: ₡ 18.00

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.
El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.
"Bárbaros, las ideas no se matan", repitió Sarmiento
Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera.—Bolívar

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares
Giro bancario cobrable en los EE. UU.

Noticia de libros

Indice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

Dos valores literarios colombianos: J. B. Jaramillo Meza y Blanca Isaza de Jaramillo Meza.

Nos dan gusto con el envío de estos libros:

Doña Blanca con *Del lejano ayer*. Manizales. 1951.

Muy bien escritas, estas admirables evocaciones.

El señor Jaramillo Meza con *Estampas de Manizales*. Tomo primero. 1951, y *Poesía* (Antología).

En él también una gran capacidad de evocación de lo que ha visto. Andariego, recuerda con cariño a Costa Rica, en donde estuvo unos meses.

Doña Blanca y su esposo, por sus grandes méritos literarios, han recibido un homenaje honroso de Manizales. Se trata de dos grandes ciudadanos.

La biografía del autor en *Poesía*, es ejemplar. Ojalá otros autores hispanoamericanos dejaran páginas así.

*

Doña Mélida De la Selva de Warren, en México, D. F., nos manda estos 4 libritos muy bien presentados. No sabíamos de esta colección. Los editan Porrúa y Obregón, S. A. De su importancia dan idea los autores y títulos:

I. Alfonso Reyes: *La X en la frente* (Algunas páginas sobre México).

II. *Conciencia y posibilidad del mexicano*. Por Leopoldo Zea.

III. Jorge Carrión: *Mito y magia del mexicano*.

IV. Emilio Uranga: *Análisis del ser mexicano*.

Ejemplares los propósitos de esta colección. ¡Cómo agradecemos el envío!

*

Otras actividades ejemplares, aquí en Centro América, las del Ministerio de Cultura de San Salvador, con su Dirección de Bellas Artes.

En tomitos muy elegantes viene presentando trabajos de autores salvadoreños. Y también extranjeros, como éste:

Oscar Wilde: *Balada de la Cárcel de Reading*. Traducción de Francisco Morán.

Morán es un profesor salvadoreño estudioso y activo. Es uno de los que trabajan en el Ministerio de Cultura antecitado.

*

Nos llega este libro: "Treinta años de *El Imparcial*", o La lucha de un diario por su independencia. Por León Aguilera. 16 de junio de 1952. Está dedicado este libro a la memoria de Alejandro Córdova, precursor y promotor.

Información copiosa, interesante.

*

Nuestro amigo y colaborador Gastón Figueira, en Montevideo, nos da gusto con este cuaderno:

Gabriela Mistral, fuerza y ternura de América. Montevideo. 1951.

Recomendamos su lectura.

*

De José Abel Montilla, en Caracas (Este 1-103):

Fermín Entrena. Un venezolano del noventa y nueve. Novela histórica. Venezuela.

El tema central de este libro es el levantamiento del general Cipriano Castro en 1889 (una típica revolución sudamericana).

Muy bien informado el autor; su testimonio es muy apreciable. Le agradecemos el envío de este libro y la benévola dedicatoria que le puso.

Y que sea leída esta novela de tan apreciables dimensiones.

*

De la conocida poetisa mexicana Guadalupe Amor:

Poesías completas. (1946-1951). Polvo. Yo soy mi casa. Puerta obstinada. Círculo de angustia. Más allá de lo obscuro). Con un prólogo de Margarita Michelena y una confidencia de la autora.

En edición primorosa de Aguilar, S. A. de Ediciones. Madrid 1951.

De tan interesante poetisa como es Guadalupe Amor nos vamos a ocupar luego, por aparte.

*

Atención del autor, que mucho nos honra:

Néstor Carbonell: *Martí*. Carne y Espíritu. En dos tomos. Habana. 1952.

Edición-homenaje a la República de Cuba en el cincuentenario de su independencia.

Con el autor: En la Academia Nacional de Artes y Letras. (Acosta y Compostela. La Habana).

Con una posesión cabal del tema y mucha habilidad, el autor nos pone a Martí a contar su vida. Una autobiografía imaginaria y tan satisfactoria.

*

Tres libros de considerable importancia:

Cincuenta años de Poesía Cubana (1902-1952) Ordenación, antología y notas por Cintio Vitier.

En las Ediciones del Centenario de la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación. La Habana. 1952.

Otra Editorial que crea, la del Ministerio de Educación Pública de Guatemala.

Del autor nos llega este jugoso libro:

Raúl Leiva: *Los Sentidos y el Mundo*. Textos de crítica literaria.

Es el número 28 de la Colección Contemporáneos de *El Libro de Guatemala*. A Raúl Leiva se le considera como el de mayor prestigio entre los escritores actuales de Guatemala. Tenemos de él la mejor idea. Este libro es un testimonio que la confirma.

*

El Dr. Agustín Cueva Tamariz, ya es conocido de los lectores del *Rep. Amer.* Se trata de un escritor ecuatoriano de mucho saber y habilidad para decir las cosas.

El Jefe de Canjes del Núcleo de Azugy de la Casa de la Cultura Ecuatoriana (Cuenca, Ecuador) nos hace llegar este libro, con una dedicatoria afectuosa del autor que le agradecemos: (*Sigue a la vuelta*)